TIEMPO PERDIDO.

R. DE ACUÑA DE LAIGLESIA.

TIEMPO PERDIDO.

MELCHOR, GASPAR Y BALTASAR.
(Cuento.)

ALGO SOBRE LA MUJER.
(Apuntes.)

EL PRIMER DIA DE LIBERTAD.
(Memorias de un canario.)

LOS INTERMEDIARIOS.
(Boceto.)

MADRID:
IMPRENTA DE MANUEL MINUESA DE LOS RIOS,
calle de Sombrerería, 6.

1881.

ES PROPIEDAD.

ÍNDICE.

Páginas.

Al público..... 5

Melchor, Gaspar y Baltasar *(Cuento)*..... 7

Algo sobre la mujer *(Apuntes)*..... 61

El primer dia de libertad *(Memorias de un canario)*..... 91

Los intermediarios *(Boceto)*..... 109

AL PÚBLICO.

Mucho tiempo hace ya, público insigne, que no escuchas mi palabra, y como en ello creo que hay un perjuicio para mí, por más que para tí haya una ventura, cojo la pluma deseando que así como yo tengo interés en hablarte, lo experimentes al escucharme, habiendo de este modo suerte para los dos y honra para mí; no supongas, sin embargo, que de los rincones de mi cerebro han de salir cosas que te dejen asombrado ó caviloso; nada de eso: piensa solamente, al leer lo que yo escribiere,

que mi intencion es hacerte pasar algunos ratos de tiempo perdido por medio de asuntos ligeros y de poca importancia, y ya con este pensamiento, ni tú verás en las páginas de este libro motivo para aburrirte, ni yo tendré el pesar de haberte aburrido.

Mira en lo que vas á leer tanta insignificancia como falta de pretension, y si al terminar las desaliñadas páginas has conseguido suprimir en el reló de la vida algunos minutos de fastidio, por cumplidos doy mis deseos de haberte hablado.

ROSARIO DE ACUÑA DE LAIGLESIA.

MELCHOR, GASPAR Y BALTASAR.

CUENTO.

Érase una tarde del mes de Noviembre; recios copos de nieve caian en las extensas llanuras de la Mancha, vistiendo de blanco ropaje los humildes tejados de un pueblecito, cuyo nombre no hace al caso, y cuyos habitantes, que apenas pasaban de trescientos, tenian fama por aquella comarca de sencillos y bonachones.

—Apresuremos el paso, que el tiempo arrecia y áun falta una legua—decia un ginete caballero en un alto mulo á un labriego que le acompañaba sobre un polli-

no medio muerto de años; arreó el labriego su cabalgadura, y con un mohin de mal humor, sin duda porque la nieve le azotaba el rostro, se arrebujó en su burda manta, encasquetándose el sombrero hasta la cerviz, y diciendo de esta manera:

—Vaya, vaya con D. Gaspar, y qué rollizo y sano que se nos viene al pueblo; ya verá su merced qué contento se pone D. Melchor cuando le vea llegar tan de madrugada; segun nos dijo ayer, no se esperaba á su merced hasta esotro dia por la tarde: nada, lo que yo digo; esta Noche-Buena estamos de parabien; todas las personas de viso se nos van á juntar en la misa del gallo: digo, si no me equivoco, porque parece que tambien el Sr. D. Baltasar está para llegar de un momento á otro...

—Es cierto, Martin,—le contestó el llamado D. Gaspar.

—Mi hermano Baltasar ya estará en camino para el pueblo, segun lo que me

escribió á Santander... pero arrea, que tengo gana de abrazar á mi hermano Melchor, despues de diez y ocho años de ausencia.

El que así hablaba tendria unos treinta y cuatro años, y era un mozo gallardo, de buena cara y buena presencia, que se expresaba con soltura y facilidad, como todo aquel que vive en el bullicio de la sociedad. y ya que no otra cosa, recibe de ella cultura y gracia; su fisonomía correcta y expresiva pudiera ser simpática sin la viva luz de unos ojos negros y relucientes donde se adivinaba al hombre sensualista por excelencia, émulo de Lúculo en la intemperancia, y más amigo de una buena moza que de resolver un problema científico. ¡Cosa singular! al oirle nadie diria que D. Gaspar era dueño de su cara y de sus acciones; tal era la diferencia que existia entre los componentes de su entidad.

Dejémosle, en compañía del tio Martin, camino de su pueblo natal, y contemos la historia de estos tres hermanos, necesaria como antecedente á lo que más adelante verá el lector, si en ello se fijase.

Melchor, Gaspar y Baltasar (puestos por órden de edades), eran hijos de un rico labrador, el cual, escrupuloso católico con sus ribetes de teólogo, buen marido y cariñoso padre, les dejó á su muerte una haciendita muy saneada y cumplida, á más de un apellido honrado aunque oscuro, y un nombre de pila que correspondia al que llevaban cada uno de los Reyes Magos que, siguiendo el rabo de la estrella anunciadora, dieron de manos á boca en el consabido pesebre; el capricho de ponerles tales nombres, le tuvo el viejo para que en los únicos tres hijos que le dió el cielo, quedase representada la adoracion que el paganismo del Oriente rindió á las santas verdades de la fé.

Huérfanos los tres reyes, es decir, los tres hermanos, mozos todos y algo codiciosos de mundo, trataron de su porvenir ajustándose á lo que el mayor les propuso, como lo que mejor cumplia á sus deseos y aspiraciones: hicieron tres partes del caudal paterno, vendieron dos, repartiéndose entre los tres todo el producto; la tercera, afianzada y entregada la administracion á un honrado amigo de su difunto padre, quedó á modo de reserva para aquel de los tres que primero se cansare de correr tierras, siempre con la obligacion de guardar casa y mesa para los hermanos ausentes: hechos estos negocios, y cuando el mayor apenas contaria veinte años, despues de una despedida no muy tierna, pues, como mozos y llenos de ilusiones, no suponian los riesgos de la vida, tomaron cada uno su derrotero, diciendo al salir de su pueblo, si bien cambiando de tiempo y de lugar, lo que el famoso

conquistador: *llegaremos, veremos y venceremos.*

Han pasado diez y ocho años de lo que queda dicho. D. Gaspar era esperado en la casa solariega, habitada por D. Melchor, el mayor de los tres hermanos y el que primero se recogió á los paternos lares: hé aquí de qué manera.

Apenas salido de su pueblo, fuese á Madrid, donde empezó el estudio del Derecho, que no continuó, porque haciéndose amigo de un sagaz jesuita, dió en la mania de darle oidos, reverenciando como verdad cuanto se le antojaba decir al astuto Padre, el cual influyó en la determinacion de D. Melchor haciendo que se volviese á su pueblo á disfrutar de la parte de hacienda que, como reserva, habian dejado los hermanos; y sin más pensarlo, á los cuatro años de salir de aquel rincon de la Mancha, volvióse D. Melchor á su casa, hecho un teólogo de primera fuerza, gra-

cias á las aprovechadas lecciones del reverendo D. Agapito, para quien se pudo conseguir el curato de la aldea, pues sin duda el pastor no quiso abandonar á la recien conquistada oveja; mas no fué tan listo D. Agapito que no se descuidase un punto, y en éste, D. Melchor, que, como jóven, era dado á todos los placeres de la vida, hizo conocimiento con una moza, si no bella, por lo ménos graciosa; y tanto pudo en él la gracia de aquella Eva, que sin más ni más, urgiéndole regresar al pueblo, en cuya parroquia estaba instalado D. Agapito, se encaminó con ella á la casa de sus mayores, y sin duda por ahorrar gastos de boda, ó por parecerle mal casarse con quien traia cual manceba, lo cierto es que D. Melchor la presentó como su legítima mujer, aunque en realidad no lo era, y hasta el mismo D. Agapito tuvo que tragarse la píldora, so pena de perder el curato conseguido por la influencia de

D. Melchor; y aquí comienza el cuento.

Apenas llegados los viajeros, y despues de los abrazos, apretones, golpes y demás contusiones que se reciben de los sencillos lugareños, y pasado el período de los besos del sobrino (D. Melchor tenia un hijo), y aquello de:—Tomarás algo.—Unas sopas de leche.—Ya verás cómo hemos puesto la huerta y qué fácilmente sacamos agua de la noria.—Si parece mentira que hace diez y ocho años eras un chico... ¡Y todo el acompañamiento de frases expresivas propias de una familia cariñosa y elocuente, instalóse D. Gaspar en el cuarto que de mozo tuvo, despojándose de mantas y capotes, para bajar al comedor, donde, segun suponia, le esperaba el suculento desayuno: chocóle al nuevo huésped de aquella casa el primoroso y acicalado altar con que estaba engalanado su cuarto, pero creyendo que seria alguna novena perentoria que celebraba su

cuñada, y que por falta de habitaciones se habia instalado en su aposento, pasó por alto el suceso sin darle más importancia, y bajó al comedor, llevando en sus lábios una sonrisa irónica que brotó al contemplar los escarolados lazos y almidonadas velas de aquel altar, cuyo remate era una paloma de azúcar-cande que llevaba en el pico una estrella de hoja de lata con un sendo rabo de papel dorado. ¡No sabia D. Gaspar la tortura de imaginacion que le habia costado á D. Melchor aquel monumento simbólico de refinado misticismo!

Ya esperándole en la mesa, aunque no sentados, fué recibido D. Gaspar con un —Vamos, descúbrete,—y cuál no seria su asombro al encontrarse, más que en el comedor de su antigua casa, en un verdadero refectorio de monjas capuchinas: aunque limpios los manteles y limpia la vajilla, no se vislumbraba en la mesa más

que el moreno pan y los trasparentes vasos, y á juzgar por el frente del comedor, ocupado por una tribuna y un San Lorenzo, el desayuno debia ser más para benedictinos que para un viajero hambriento y despreocupado.

Descubrióse D. Gaspar, echando mano á la prudencia, más por alarde de educacion que por movimiento de cariño, y empezó la bendicion del refrigerio, dada por el padre cura, hombre como de cuarenta años, gordo como bellota, pequeño en demasía para la circunferencia de su abdómen, y de tan rubicundo color, que á no demostrar su estado la negra hopalanda que vestia, hubiérasele tomado por un honrado expendedor de uvas machacadas.

Terminada que fué la ceremonia, y escuchada con humilde recogimiento, dió principio el almuerzo, mientras el hijo de D. Melchor se encaramaba en el púlpito,

leyendo con destemplada voz, interrumpida por bostezos frecuentes, la vida del santo del dia y que, á decir verdad, parecia poco á propósito para excitar el apetito de los comensales. D. Gaspar apenas volvia del asombro que le causaban aquellos hechos: callóse como pudo lo que se le venia á la boca y rabiaba por decir, y empezó á mascullar un potaje de lentejas, si bien ricamente aderezado, falto de sustancia, y cuando se disponia á emprenderla con una fritada de abadejo, díjole don Melchor:

—No mezcles, Gaspar; no mezcles; como suponia que vendrias necesitado del viaje, mandé que para tí hiciesen hoy comida de carne, y ahora te traerán una perdiz y de postre un par de mantecadas, porque ya ves tú, el ser viajero te disculpa. ¿Verdad, padre?

—Es cierto, D. Melchor, su hermano puede comer hoy de carne, y esto le prue-

ba á V., D. Gaspar, lo mucho que le quieren, cuando así se alteran las costumbres de esta santa casa.

Esto contestó el cura, á tiempo que D. Gaspar trinchaba una perdiz cocida con calabaza é ínterin el rapaz lector contaba de la manera con que el santo raia la podredumbre de sus úlceras con el casco de un melon que por acaso se encontraba á la puerta de su gruta: no sabemos si por la analogía que halló D. Gaspar entre el melon del santo y la calabaza de la perdiz, ó por el recuerdo de haber alterado las costumbres de aquella santa casa, lo cierto es que de las profundidades de su estómago subiéronle á la garganta ciertos nudos y congojas que le obligaron á retirarse bruscamente de la mesa, apartando de sí la desaliñada perdiz, diciendo con destemplado acento:

—¡Por Dios, hermano, que nunca creia yo encontrar en nuestra casa tan estrafa-

larias costumbres y tan ridículos recibimientos!

Como si una bomba hubiese reventado sobre la mesa, levantáronse todos bruscamente quedando cada uno en la más horripilante actitud.

—¿Cómo es eso, Gaspar, te repugnan los cristianísimos ejemplos de esta casa? —dijo D. Melchor, con la vibrante palabra de un hombre henchido de ira.

—Más prudente debias haberte mostrado, añadió la cuñada, y siquiera por educacion podias conformarte con nuestro modo de vivir.

—Señora, bastante educacion he mostrado tomándola como hermana, cuando...

—Vamos, vamos, D. Gaspar,—interrumpió el cura.

—Ménos palabras y más prudencia, no olvide V. que esta es la casa de su hermano...

—Y la mia, gritó D. Gaspar, perdiendo ya los estribos.

—La tuya seria, si no fueses un hereje, como lo demuestra tu desacato y descompostura. ¿Se te ha ofendido en algo para que demuestres tal desagrado?

—Pues bien; sí, y muy grande que le tengo: pase por el mamarracho que habeis puesto en mi cuarto; pase por las bendiciones y salmos del padre cura, y por lo de no mezclar carne y pescado, que al fin y al cabo el estómago lo gana de indigestiones; pero eso de estar recreándome el oido con cuentos de gusanos, salamandras y otras asquerosidades, mientras paladeo manjares y viandas, ni es lícito, ni decoroso, ni puedo pasarlo, ni...

—¡Hombre! ¡hombre! ¡hombre! ¡parece mentira!—dijo D. Melchor con la más fina ironía y mientras el chico se aprovechaba de la confusion para llenarse los bolsillos de pasas y la cuñada hacia aspavien-

tos de asombro como si oyera en D. Gaspar al mismísimo Lutero.—Hombre, ¡que tú seas tan meticuloso y delicado en estas cosas que atañen á la materia! tú, famoso pontífice del espiritualismo más refinado, para quien no existe otra cosa que alma y conciencia, y para quien todos los movimientos de la carne parten de una entidad espiritual, partícula invisible del Alma eterna, toda esencia, toda pensamiento, toda incorpórea; ¡que lo dijera Baltasar, que, segun me han dicho, es un médico materialista hasta la médula de los huesos, pero tú, hombre...!

—Pues ahí verás—dijo D. Gaspar, asombrado de la perorata de su hermano, á quien no suponia con tales dotes de talento, y conteniendo otra vez los impulsos de su desagrado en los límites de la buena educacion.—Yo lo digo y lo repito: ¿qué tiene que ver con mis creencias sobre la inmortalidad y espiritualidad del alma, el

que me guste comer y beber bien, sin que me regalen el oido con cuentos de vieja...?

—Bien, hombre, así me gusta verte, francamente ateo mejor que hipócrita católico; pero has de saber, hermano Gaspar, que en esta casa, que fué de nuestro buen padre, y que gracias á Dios ha sido mia primero que de vosotros, impertérritos adoradores del mundo y sus vanidades, somos buenos cristianos, buenos creyentes en Dios, en los santos y en todo eso que tú llamas cuentos de vieja, y que como no es cosa que por un perturbado indivíduo se trastorne toda una honrada familia, ó tendrás que participar, respetándolas, de nuestras costumbres, ó buscarás sitio más á propósito para tus descabelladas ideas y estravios.

Y esto diciendo, se sentó D. Melchor, con lo que todos le imitaron; prosiguió el rapaz la historia del santo y de sus llagas, y siguióse comiendo el delicado

desayuno. Apartó D. Gaspar bruscamente su silla, murmuró una palabra no se sabe si de ira ó de desprecio, y salió del comedor dando con brevedad la órden de que llevasen su equipaje á la única posada del pueblo.

Como es de suponer, hubo un escándalo mayúsculo en la localidad con lo acontecido en casa del alcalde, que alcalde era el hermano de D. Gaspar; las hablillas y suposiciones menudeaban de lo lindo, y hasta hubo quien dijo que al salir D. Gaspar de su casa, le asomaba por cierta parte la punta de un rabo descomunal, que sin duda se le desató de la cintura cuando escuchó las bendiciones del bueno de D. Agapito; mas como todo pasa en el mundo, pasó la efervescencia que causó aquel acontecimiento, y volvióse cada cual á sus faenas, no sin santiguarse, viejas y chicos, cuando pasaban por la puerta de la casa que compró D. Gaspar.

Digamos algo sobre este personaje. De génio emprendedor y aventurero, así que salió de su pueblo, jóven de diez y seis años, se embarcó para la América del Sur, donde, luchando sin cesar con las contrariedades de la vida y las asperezas de aquellos climas, consiguió al fin crearse una regular fortuna, que, despues de diez y ocho años de ausencia, traia á su pátria con el fin de disfrutarla. Decir los lances, las aventuras, los peligros y contratiempos de la arriesgada vida que sufrió en aquellas tierras, fuera largo trabajo; baste saber, para los fines del cuento, que su naturaleza bien constituida, las dotes de su inteligencia despejada y audaz, y los contrarios elementos en que se desarrollaron estas cualidades, le formaron un carácter independiente, despreocupado, generoso y á la par egoista, despegado; las selvas vírgenes del Brasil, con sus innumerables peligros, y el Océano Atlántico con sus vio-

lentas tempestades, le hicieron conocer de cerca la muerte, y de aquí el desprecio soberano que mostraba á la vida en sus manifestaciones exteriores, teniéndola más bien que como fuente de todos los placeres, como estorbo de todas las àspiraciones; de imaginacion vigorosa y desarrollada en medio de una naturaleza salvaje y de una sociedad mezcla de todos los vicios y todas las virtudes, de todas las sencilleces y todos los ardides, su fantasía no encontró el límite exacto de las condiciones de la vida, y volando más allá de lo conocido, penetró en las regiones de lo vedado, creando en ellas una religion apasionada, entusiasta é intransigente hácia todo lo que no fuese sublime y grande, con alejamiento absoluto de las pequeñas causas, hasta un extremo tal, que para él todos los movimientos de la materia eran las expresiones manifiestas del espíritu, único responsable, autor y repartidor de las consecuen-

cias. Mas como la vida, en los climas en que se desarrolló la de D. Gaspar, tiene apremiantes necesidades, de aquí que inconscientemente, renegando de todo lo que contribuye al placer de los sentidos, fuese D. Gaspar el más perfecto sensualista de cuantos rinden culto á las prerogativas de los gustos materiales; su mesa era más bien la del suntuoso magnate que la del misántropo pensador; sus mujeres, que siempre procuraba fuesen las más hermosas, se llevaban la mejor parte de su fortuna, y el lujo y comodidad de su casa eran el perfecto *fac simile* de aquel caos en que vagaba su inteligencia soñadora y resuelta.

Adorador de un Dios creado en su fantasia, incorpóreo, perfecto en cuanto se relacionaba con el alma, presentido á través de las soledades de las Pampas, y en los ventisqueros de los Andes, sentia una repugnancia avasalladora hácia todo otro culto que no fuese el de los grandes ele-

mentos de la naturaleza, comparando cuantas religiones existen en la tierra á las rarezas de un monomaniáco que le diera por vestir de papel dorado el cráter del Vesubio, ó de cruzar sobre un endeble corcho el Océano Pacífico. ¡Júzguese, pues, el asombro, la rabia y el desprecio que hácia los suyos sentiria al encontrarse en medio de lo que él llamaba supersticiosa idolatría, y con cuánta indignacion se rebeló ante la perspectiva de un forzado ayuno en favor de un Dios en quien no creia y para cumplir con un precepto tan ajeno á las indomables necesidades de su organizacion. D. Gaspar, despues de romper sériamente con su hermano mayor, compró la mejor casa del pueblo, é instalándose en ella, segun decian, por breve espacio de tiempo, esperó la vuelta de D. Baltasar, el menor de los tres hermanos, que, segun se sabe, era uno de los más afamados médicos del extranjero.

Próxima ya la Noche-Buena y en una oscura y destemplada tarde, llegó don Baltasar al pueblo en que se meció su cuna, y como ya conociese por anteriores relatos la riña de ambos hermanos, queriendo evitar en lo posible mezclarse en el suceso, hizo alto en la posada, desde donde mandó recado á sus hermanos diciéndoles que, por cansado, no acudia á sus casas y que se alegraria de verlos. Más despreocupado Gaspar que Melchor, acudió presuroso á la cita, en tanto que el mayor, no queriendo encontrarse con el ateo, como ordinariamente le llamaba, suspendió la visita hasta la hora en que suponia hallar solo á D. Baltasar.

—¿Por qué no has ido á mi casa?—entró diciendo Gaspar al recien venido, despues de darle un fuerte abrazo.

—Hombre, porque, á la verdad, si iba á tu casa se enfadaria Melchor, y si á la suya era seguro que te enfadases tú; y además,

francamente, me cargan los chicos por un lado, y del otro, tú solo, con criadas lugareñas, no tendrás grandes comodidades, y á mí, qué quieres, me gusta dormir bien, comer bien, cuidarme bien; lo primero es el cuerpo, chico, porque sin él ni hay razon sana ni voluntad pronta.

—Vaya—dijo Gaspar—alabo tu franqueza y te felicito por el gusto, por más que no ande muy acorde contigo; nada me importa esta inútil y despreciable máquina, que tú llamas cuerpo y yo cárcel donde se aprisiona un rayo del divino orígen; pero, qué demonio, no quiero pelearme contigo, que basta ya que lo esté con ese hipocriton de Melchor.

—Pero vamos, dime; ¿qué fué ello?

—Nada; figúrate que nuestro señor hermano es un supersticioso fanático, que, entre rezos, mogigaterias y bendiciones, se pasa la mayor parte del dia, en tanto que la noche cuando no la entretiene con esa

mujerzuela á quien hace pasar por su mujer, la pasa de bureo en casa del secretario, otro hipocriton, con el que armà en la bodega de su casa una timba de á peseta, de donde sale siempre Melchor con unos cuantos duros ménos y dando traspiés, gracias al peleon con que remojan de cuando en cuando la partida.

—Hombre, vaya en gracia—dijo Baltasar; —muy duro me parece lo que me cuentas, y más en persona de tanto recogimiento.

—Pues no es ni duro ni blando, sino la verdad pura; Melchor tiene un espíritu ruin, estrecho, lleno de sinuosidades, incapaz de abarcar ningun horizonte externo y despejado, y de aquí ese torpe embrutecimiento de ideas y de costumbres; en fin, su espíritu es de la cuarta especie, lo mismo que el de los brutos.

—Si,—añadió Baltasar pensativo—el bueno de Melchor siempre tuvo un temperamento linfático con sus conatos de bilio-

so; esto y los alimentos grasientos de las aldeas, han consumado la obra, y de ahí ese misticismo casi idólatra, y los excesos consecuentes de un cerebro perturbado por las torpes funciones de la digestion: créeme, Gaspar, el pobre Melchor no sabe lo que se hace, va impulsado por el imperfecto organismo de su constitucion.

—¡Qué constitucion, ni qué caracoles! Melchor sabe perfectamente lo que se hace, en cuanto lo permite su alma pequeña é insuficiente, y yo digo que á más de ser en esencia y potencia un imbécil, es, en voluntad, un tunante que quiere conquistar la estimacion del pueblo con sus hipocresías, para divertirse luego á sus anchas.

En esto iban los dos hermanos, cuando apareció el mayor en la puerta, y á juzgar por su cara, habia oido el juicio poco halagüeño que de él estuvo haciendo el despreocupado D. Gaspar.

—¿Te está ya contaminando ese hereje con sus malas mañas?—díjole á Baltasar mientras le abrazaba.

—Vamos, vamos; no hay que reñir el dia de mi llegada—replicó Baltasar, como todo hombre que se precia de egoista, con el enfado propio del que no quiere que se le moleste con voces ni denuestos.—Por un dia, qué demonio, bien podeis dar al traste vuestros resentimientos.

—Por mí, ya callo—dijo Melchor—que en esto me humillo como debe hacerlo todo buen cristiano; pero en lo de pasar por sus herejías y maquiavelismos, ni ahora ni nunca pienses que puedo pasarlos, que antes que él está mi conciencia, mi fé y mi salvacion.

—Vaya, pues yo—añadió Gaspar—ni hablo ni hablaré del asunto; pero que no me salga con sus ridículos disparates, porque entonces sí que no respondo de callar.

—Pero hombre, ¿por qué no seguís ambos á dos vuestro camino, sin meterse el uno con el otro? Si el temperamento de éste le lleva á la meditacion, al éxtasis, al ayuno, á las explosiones de un culto, de acuerdo en todo á los glóbulos de su sangre, á las grasas de sus vísceras, dejarle en paz, que cumple perfectísimamente el fin de su organizacion física. Y si tu naturaleza sanguínea y nerviosa, compuesta de tejidos exuberantes de fosfatos, se entrega á las atrevidas concepciones de una divinidad pura, abstracta, invariablemente perfecta, y tan infinitamente trasformable como lo es tu parte imaginativa, centro de tu actividad, déjesete en paz con tus buenos ó malos, verdaderos ó falsos pensamientos, puesto que tambien cumples con la ley de tu constitucion, que te impone las manifestaciones de tus ideas, bajo la presion de tus sustancias orgánicas.

Y con esto interrumpió Melchor:

—Veo que no me han engañado al decirme que eres una hechura de tu siglo, mi pobre Baltasar; materialista descreido, sin asomo de sentimiento ni sombra de conciencia; extraviado en el laberinto de las verdades científicas, que te has acogido al frágil hilo de los instintos, pensando explicar los grandes misterios de la memoria, del entendimiento y de la voluntad por medio del análisis de la sangre, del fósforo y de los nervios.

Contestó á esta perorata una sonora carcajada del sábio doctor, que fué interrumpida por una enérgica exclamacion de Gaspar.

—Por cierto que, acaso por la primera vez de tu vida, no has hablado con falta de inteligencia, hermano Melchor; en efecto, veo en Baltasar un sacerdote de la tosca é insufrible materia, y es lástima que su genio se haya extraviado en culto tan repugnante y antipático; en vez

de la adoracion de esta luz interna que ilumina nuestro sér, rastro desprendido de un Creador, alma y móvil de lo creado, parte, á la vez que causa, de los mundos del espacio, de las plantas de la tierra, fluido etéreo y animador de todo lo que percibimos con los sentidos y presentimos con la inteligencia, fuente de donde brotan obras y palabras, y el único y exclusivo regulador de cuanto se hace y se hará en lo infinito de la vida; en vez de ver en la materia un medio ruin, una cosa grosera, instrumento dócil del alma, obediente esclava de nuestras concepciones y pensamientos, la diviniza, colocándola en el lugar que tan sólo debe y puede ocupar el misterioso fluido del alma. ¡Triste, y muy triste es verte seguir por tan extraviada senda!

—Senda que á nada conduce sino á la vida del animal—dijo D. Melchor.

—Sin Dios y sin alma—añadió D. Gas-

par,—¿en qué diablos puedes fundar la felicidad de la vida?

—En mi estómago—gritó D. Baltasar, entre risueño y amostazado.—¡Qué demonios de predicadores tan elocuentes que os habeis vuelto en los diez y ocho años de separacion! ¿Y quereis decir en qué Dios y en qué alma fundais vosotros la dicha?

—En el único—se apresuró á decir Melchor—capaz de concederla; en el que manda que seamos mansos, condescendientes con las culpas ajenas, en el que no permite los apetitos de la gula, ni de la lujuria, ni de la avaricia, y en el que, á fuerza de mortificaciones y padeceres, nos promete un cielo de alegrías, de placeres y venturas, como no podemos ni soñarlas en la tierra.

—¿Es decir que tú estás haciendo ahora los méritos para ir á tan delicioso paraiso? ¿De modo que cuanto sufres ahora es por egoismo?

—¿Cómo es eso?

—Es claro; lo que estás haciendo es amontonar moneda falsa con la esperanza de que la cambien por oro de buena ley cuando te canten el *gori;* pues mira, Melchor, para ello valía más que te echaran las bendiciones matrimoniales con esa tu mujer, segun la llamas, qué yo sé de buena tinta (y con efecto, ambos hermanos sabian lo que habia de cierto en el asunto) que, antes de serlo tuya, lo fué del que quiso tomarla.

—Y tú—dijo Baltasar, volviéndose á Gaspar, y sin dejar que el hermano mayor metiese baza—¿me quieres decir en qué Dios reconcentras ese fabuloso culto de los espíritus?

—¿En qué Dios? En ninguno. ¿Piensas acaso que la palabra Dios concreta un sér ó expresa un hecho? Dios es todo, y todo es el alma, la esencia de la vida que nos hace pensar, sentir, movernos, accio-

nar; el alma es Dios, como Dios es el alma, y alma es todo cuanto se manifiesta en forma, tiempo y espacio. ¿Quieres que te pinte á Dios bajo la forma tosca é inverosímil de algun sér de los que pueblan la tierra? ¡Bonita idea la de Dios bajo la forma de un lindo rapaz, vestido con enaguas bordadas de talco, como se lo representa mi digno hermano, ó con las disformes orejas del elefante, suplantadas en la dulce cara de una doncella, como le pinta la idolatría de los indios! Paréceme muy degradante á la divinidad, de que toma orígen el alma, la representacion de tales caricaturas.

—¡Ateo, perjuro, apóstata!—gritó fuera de sí D. Melchor.—Prefiero mil veces el escéptico materialismo de Baltasar á esa amalgama monstruosa de la verdadera creencia con el culto enigmático de Satanás; cállate de una vez, si no quieres que maldiga el llamarme tu hermano.

—¡Imbécil!—se apresuró á decir Baltasar.—¿Estás en tí, hombre? Pero... ¿qué estoy diciendo? Esa misma excitacion en que te veo, no reconoce otras causas que la interrupcion de tus habituales funciones; con la bílis de la primera reyerta que tuviste con Gaspar, y con los excesillos de casa del secretario, estás irascible y sumamente excitado. Y tú, Gaspar, sin hábito de esta vida de pueblo, monótona y reposada, te encuentras predispuesto á todo lo que sea intransigente y violento. ¡Oh! ¡Las pasiones, las pasiones! ¡Qué cierto es que tienen sus raíces en ciertos jugos del indivíduo! ¡Hé aquí por qué traeis á vueltas dioses é ídolos, almas y conciencias, voluntades y entendimientos! Vaya, vaya, retiraos en paz y en armonía. Mira, Melchor, que te haga tu mujer una taza de hojas de naranjo amargo; y tú, Gaspar, vete y anda de seguido dos ó tres leguas hasta que se consuma esa

exuberancia de actividad, y hasta mañana, que conocereis á mi legítima mujer, que, porque no me sirva de molestia, viene con los mulos del equipaje.

Esto decia el doctor, á la par que daba amistosos golpecitos en los hombros de los dos contrincantes. Fuéronse ambos, murmurando algo que no se entendió bien, y quedóse el bueno de Baltasar haciendo mohines con la cabeza, restregándose con fruicion ambas manos, y diciendo por lo bajo:

—Pues señor, están buenos mis señores hermanos, el uno con sus santos y su paraiso y el otro con sus esencias y eternidades, voy creyendo que tendré que proporcionarles alguna plaza en San Baudilio, donde á fuerza de duchas les entre en caja su perturbado cerebro. ¡Vaya con los hombres! ¡Y que á poco más me arman aquí el gran escándalo y tengo que retrasar la hora de mi cena!

Esto diciendo, llamó al criado que consigo traia, y se arrellanó en un antiguo sillon de vaqueta extendiendo ambos piés hácia las grandes brasas de una descomunal chimenea.

Era el doctor D. Baltasar hombre tan sumamente delgado, que más parecia existir por el espíritu que por el cuerpo, y á no verle cuidar con minucioso esmero de su alimentacion y buscar en todo lo más conveniente á su comodidad, nadie le hubiera tomado por tan acérrimo partidario de la materia; más bien parecia, por la elegancia, la distincion y la soltura de sus miembros, un ágil montañés, sobrio y despreciador de cuantas sibaríticas ventajas ofrece la actual civilizacion; su cabeza, alta y arrogante, parecia más bien hecha para penetrar en los eternos espacios de lo increado, que en las minuciosidades que descubre el escalpelo; y en sus ojos brillaba más el fuego de la inspira-

cion que el ansia del análisis. D. Baltasar habia estudiado cirujía y medicina en la Universidad de Berlin; apenas separado de sus hermanos, hizo amistades en Madrid con un doctor, entusiasta por la escolástica alemana, el cual, queriendo que un hijo que tenia estudiase en aquellos países, le propuso á Baltasar costearle la carrera que eligiese si se avenia á ser compañero y vigilante de su hijo. Aceptó la proposicion Baltasar, cuyo carácter era apacible y poco amigo de aventuras y trapisondas, y aficionado á la medicina por lo bien que de ella hablaba su amigo el médico, eligió esta carrera, y juntos, ayo y colegial, emprendieron el viaje á la pátria de Lutero.

Diez y seis años pasó en aquellas tierras de la filosofía, y gracias á su aplicacion y excelentes condiciones de carácter, llegó á ser uno de los primeros médicos de Alemania; rico, jóven y sumamente queri-

do, empezó á sentir la nostalgia de su país, y, cosa rara, aquel hombre, para quien todo era materia, aquel sér tan refractario á cuantas teorías probasen que una parte de la vida se escapa á las leyes de los cuerpos, y que despues del átomo existe una voluntad dominadora y causante de las funciones de la inteligencia; aquel doctor que buscaba el orígen de las pasiones en las vísceras del apasionado, y que consideraba todas las prerogativas de la imaginacion como derivadas de la sangre ó de los tejidos; aquel hombre, por último, para quien el espacio era un inmenso receptáculo de materia viviente, masa dispuesta por sí misma para la formacion de mundos y de soles, de criaturas y de vegetales, de gases y de sólidos, de efectos y de causas, sintió en su organizacion la nostalgia de un mísero pueblo de la Mancha, y, dejando porvenir y ciencia, emprendió el regreso de su pátria, alegre como un co-

legial que sale á vacaciones, y sin meditar que aquel hecho, puramente inmaterial, á que le conducia la necesidad de su alma, daba al traste con la brillante escuela que defendia; y no era que en su pátria adoptiva le faltase el calor del cariño, bien es verdad que tampoco debiera, segun sus ideas, preocuparse por cosa de tan escaso valer, nada de eso; casado hacia seis años con una jóven y simpática berlinesa que le habia traido en dote medio millon de francos, parecia que todo le debia sujetar en aquellas tierras; pero no fué así, y realizando su fortuna y despidiéndose de su clientela, abandonó Alemania, y ya se ha visto cómo regresó á su primitivo hogar.

Entróle el criado la suculenta cena; alegráronse los ojos de D. Baltasar, ante el hermoso pavo trufado, el pastel de *foie-gras* y el rojo Burdeos (D. Baltasar llevaba siempre consigo el cocinero), y dispuesto para hacer los honores á la cena, trinchó

una perdiz, pidiendo para aderezarla sal, pimienta y vinagre; trájole el criado lo demandado, y no bien puesto sobre la mesa, tuvo el salero la mala suerte de dar sobre el borde de un plato, y quebrándose al tiempo de caerse, derramó en abanico toda la sal que contenia..., y aquí fué Troya; con las mejillas encendidas, trémulo y vacilante, levantóse de la mesa D. Baltasar, arrojó con ímpetu la servilleta, y dijo con destemplada voz:

—¡Ya me quedé sin cenar! ¡Maldita suerte! ¡Cuando tenia un apetito de dos mil demonios!

—Señor, yo..., murmuraba el criado.

—¡Tú eres un animal! Debias haber pensado que hoy era mártes y haber puesto tus cinco sentidos en el salero; ¿quién come despues de este contratiempo?

Y sin escuchar más disculpas del atortolado criado, salió de la estancia encerrándose en su cuarto, trás un sendo

portazo y una frase de bastante mal tono. Como se ve, D. Baltasar, no solamente tenia nostalgia, esa enfermedad *del alma*, que muchas veces mata al cuerpo, sino que tambien tenia *supersticiones*, cosa muchísimo peor para quien blasona de escéptico.

.....

Pasaron años; ocho ó diez á lo ménos; habíase olvidado en el pueblo la vuelta y riña de los tres hermanos, y nadie los mentaba sino para hacerse cruces de sus riquezas y extravagancias.

D. Melchor seguia haciendo novenas y panegíricos, jugando al tute con el cura y visitando con frecuencia la bodega del escribano. D. Gaspar vivia en Madrid, donde se daba una vida de príncipe, asombrando con su lujo y sus desórdenes, y siendo director de un periódico científico titulado *El alma*, donde intentaba probar que fuera de las venturas que proporcio-

na el espíritu por medio de la imaginacion y el pensamiento, no hay en la tierra felicidad posible.

D. Baltasar, establecido en la capital de la provincia, vegetaba en una vida contemplativa haciendo frecuentes escursiones al lugarejo donde nació, y perfectamente enamorado de un robusto chiquillo que le dejó su mujer, antes de morir.

El muchacho contaria unos cinco años, y el doctor era para él, no solamente padre, sino madre, nodriza, niñera, criado y hasta caballo, puesto que más de una vez, dejando á medio hacer la diseccion de algun miembro humano, salió de su laboratorio para que el rapaz montase sobre sus espaldas, paseándolo á cuatro piés por los espaciosos salones de su casa, levísima prueba del amor, casi culto, que profesaba al travieso niño.

Así las cosas, llegó el momento más triste para la vida de D. Melchor, que fué

el de la muerte; volviendo una noche de casa del secretario, donde se presume que se excedió más que de costumbre, le acometió un síncope á la entrada de su casa, y perdiendo sentidos y conciencia, murió á las veinticuatro horas sin haber podido hacer testamento, ni lo que era más triste, cumplir con todos los deberes de buen cristiano, y hé aquí el gran escándalo: don Melchor, no estaba casado con la que decia ser su mujer, y como la muerte no le dejó tiempo para arreglar este asunto, se encontró la huéspeda sin casa, familia ni rentas, y todo el pueblo haciendo cruces de tan estupendo suceso; el cura, sofocado y casi pesaroso de haber sido tan indulgente con el difunto, trataba de disculparse con sus escandalizados feligreses, diciendo que él bastante le habia predicado; pero D. Melchor era muy moroso para todo y para esto fué más, y que como ni él ni el otro pudieron creer que la muerte

se viniera tan de rondon, lo habian ido dejando para más adelante; y que la cosa, despues de todo, no era para tanto, porque si él habia cumplido bien, y además, con tantas caridades como habia hecho, casi, casi se le podia disculpar; pero el padre cura no contaba con la huéspeda, que en esta ocasion fué el pueblo, todo indignado al ver que se le habia hecho comulgar con rueda de molino y respetar á una mújer tan sin vergüenza; y tal cisco se armó y tales murmuraciones llovieron sobre el cura, que éste, como medio de acallar la tormenta, decidió negar sepultura religiosa al D. Melchor, con pretexto de que habia muerto en pecado mortal ó impenitente: acallóse el pueblo con la resolucion, y hétenos conque el célebre D. Melchor, ó sean sus despojos, el que fué en vida cofrade del Sagrado Corazon y presidente de la congregacion de San Roque, mayordomo mayor de Santa Úrsula y otras mil

cosas más de prolija enumeracion, dió con su cuerpo al mismísimo pié de un frondosísimo olmo del huerto de D. Agapito, sitio donde fué depositado sin aparato, ni honras de ninguna clase; y no bien llegada la noticia á oidos de D. Baltasar, montó en cólera y fuese á ver al señor Obispo, á quien le contó lo sucedido, enalteciendo las religiosísimas prendas del alma de su hermano, y que él iria en demanda hasta el mismo Papa, pues no era cosa que la memoria de su hermano no se honrase como merecia, enterrándolo en lugar apropiado, donde pudiera reposar como hombre honrado y creyente, y donde el cuerpo tuviese santo descanso; y segun todo esto, puede verse al famoso doctor abogando en favor de cosas que siempre creyó ridículas y fuera de racionalidad; enternecido el Obispo, y despues de recibir una docena de miles de reales con destino á las arcas de San Pedro, puso fin á las

querellas de D. Baltasar, y el cuerpo de D. Melchor se trasladó, desde el olmo, á un lujoso mausoleo que le mandó construir su hermano en medio del cementerio, como para darle con él en la cara á todos sus conciudadanos; y apenas cerrado aquel sepulcro del místico-prevaricador, vino de Madrid D. Gaspar, hecho una furia contra el escribano del pueblo porque no habia dado los pasos necesarios para poner de patitas en la calle á la mala mujer que habia engatusado á su hermano, y tras otra série de escándalos entre el alguacil y aquella infeliz, que se resistia á dejar la casa donde habia pasado diez y nueve años y donde habia visto morir al hijo de su vida, y tras de varias idas y venidas á la capital de la provincia para que su hermano Baltasar tomase cartas en el asunto, se vió D. Gaspar en posesion de la regular fortuna de su difunto hermano, que á decir verdad no le venia muy mal en atencion á

la dispendiosa vida que llevaba en la córte, y que fué toda suya, pues su hermano el doctor, más generoso que aquel predicador de las excelencias del alma, renunció su parte, y áun antes de cumplirse el mes de la muerte de D. Melchor, salióse del pueblo D. Gaspar, dejando á merced de la caridad pública á la mujer que fué compañera de su hermano más de la mitad de su vida. Deseoso de recobrar el tiempo perdido en su pueblo, se lanzó de lleno D. Gaspar á todos los placeres que le brindaban sus riquezas, y antes del año escribió al doctor una carta en que le pedia con urgencia fuese á verle, pues se sentia bastante malo; emprendió el médico el camino de la córte, y así que reconoció al paciente, vió que la muerte no andaba lejos de su lado: D. Gaspar estaba tísico, la disipacion de su vida le habia conducido á tan penoso estado, y lo que no pudieron hacer ni los pantanos de América ni los

ardores de los trópicos, lo hizo el abuso de los goces sensitivos, viciando un organismo admirablemente constituido, y empobreciendo una voluntad y un entendimiento rico en dones naturales; el doctor triunfaba, y así lo hizo ver á su hermano, por cierto con poca caridad hácia su estado.

—Tu cuerpo se descompone—le dijo entre risueño y pesaroso.—Por mucho que se empeñe eso que tan pomposamente llamas destello del alma inmortal, no conseguirá nada; te matan los abusos á que has entregado tu cuerpo; un prudente uso de tus facultades físicas, te hubiera prolongado la vida hasta su último límite, hasta la vejez; esa atrofia de todos los órganos por cansancio, te hubiera producido la muerte; pero has creido que no debias contar para nadá con la materia, y hé ahí las consecuencias...

D. Gaspar empeoró de dia en dia; durante tres meses, su vida fué una agonía

insufrible, en cuyos intervalos de mejoría se ocupaba con minuciosa prolijidad de todos los detalles de su entierro; por voluntad suya se encargó Baltasar de su embalsamamiento, y despues de dejar parte de su fortuna para la fundacion de un instituto donde se enseñase la incorruptibilidad del espíritu, dejó el mundo de los vivos, mientras que una hermana de la Caridad encendia los blandones de su entierro, pues quiso, antes de cerrar los ojos, ver como lucian.

D. Baltasar sintió la muerte de su hermano cuanto era susceptible de sentirla un carácter como el suyo, que sólo tenia movimiento de cariño para su pequeño heredero. Hizo el embalsamamiento con toda la mesura y prolijidad del escepticismo más absoluto, y cumplidos los encargos del difunto, regresó á su casa, donde le esperaba el más desgarrador espectáculo. Su hijo estaba gravemente enfermo,

desde el dia anterior. ¿Qué tenia? El mejor médico de la ciudad no habia podido decirlo. Calcúlese cómo se quedaria don Baltasar ante aquel suceso. El niño agonizaba por momentos; una fiebre violentísima le quitaba fuerzas y vida, y mientras sus ojos, medio cerrados, se fijaban sin expresion en el vacío, sus blancas manitas retorcian en menudos pliegues los finos encajes de su lecho de muerte; una fiebre maligna se lo llevaba, y su padre, acaso el mejor médico de Europa, le veia agonizar con el convencimiento de su impotencia y la seguridad de su futuro aislamiento; todo cuanto le sugirió la ciencia lo puso en juego para salvar á su idolatrado hijo; y cuando sus recursos se agotaron, echó mano de ese arsenal de sandeces con que el vulgo pretende curar á los que la ciencia desahucia. Y ¡oh prodigio del amor! aquel hombre que hacia poco habia herido las arterias de su difunto

hermano con la impasibilidad del sábio, fué con lágrimas en los ojos á pedir á un saludador que hiciera sus ceremonias sobre el agostado cuerpo de su hijo, y ¡cosa aún más grande! cuando el estertor de la agonía entreabrió los lábios del agonizante, mandó con un rico presente para el señor Obispo á su antiguo criado, con órden de que suplicase á Su Eminencia, en su nombre, que se hiciese una suntuosa rogativa para implorar del Dios de los cristianos la vida de su hijo...

Todo fué inútil; el niño murió, sin que ciencia, sortilegio ni intervencion monástica, bastase á detener la muerte, y don Baltasar se encontró una tarde sin más compañía que sus inmensas riquezas y el recuerdo de su hijo. Cinco dias estuvo encerrado en su cuarto, sin permitir ver á nadie ni hablar una palabra; cuando salió de su voluntario encierro habia envejecido diez años, y nadie podia ver en él al

hombre decidor y resuelto que con fina ironía eriticaba las rancias costumbres de sus conciudadanos. D. Baltasar envejeció en cinco dias, bajo el peso de un dolor *puramente moral* que no partia de ninguna de sus vísceras, y que fué tan profundo y tan intenso que le ocasionó una enfermedad de muerte, á la que se ha puesto el nombre de hipocondría, y la cual fué producida en D. Baltasar á consecuencia de un sentimiento aflictivo del alma.

Pasaron meses; sin fiebre ni gran alteracion en sus regulares funciones, estenuado y completamente abstraido en la contemplacion del recuerdo de su hijo, D. Baltasar murió una tarde al pié de la verja que cerraba el sepulcro del inocente niño, y semejante á esos perros fieles que sin conocer otro amo mueren sobre la tumba del primer dueño, el sábio doctor, sin agonía ni padecimiento, fué á morir ante el sepulcro de un sér que ya no exis-

tia más que en su imaginacion, besando la tierra donde estaba encerrado aquel polvo que, segun sus teorías, era solamente elemento de materia orgánica dispuesto para la formacion de otras nuevas vidas inferiores. En la frente de aquel hombre, encanecido por el dolor, se leian todas las tradiciones de la vieja Alemania, así como en las teorías que sostuvo mientras gozó la vida se encontraban todos los extravíos del período revolucionario por que atraviesan nuestras generaciones.

De aquellos tres hombres, hermanos por naturaleza, y separados por tan distintos ideales, no quedaba ni áun el recuerdo.

Los tres, por el medio distinto en que se desarrolló su inteligencia y facultades, aparecieron tan extraños los unos de los otros como si fueran hijos de distintos hogares.

Reyes Magos de los tiempos presentes,

cada uno siguió el rumbo de diferente estrella, y como solamente en una habrá de encontrarse á Dios, á la Ciencia y á la Verdad, hé aquí que en vez de dar con el prometido Mesías, pereciesen sobre las ruinas de las creaciones por ellos levantadas.

ALGO SOBRE LA MUJER.

(APUNTES.)

Paréceme cosa inverosímil y absurda que en medio de este concierto en que á voz en grito se trata de las facultades, condiciones y fines de la mujer, no resuene el acento de una que á mucha honra tiene el haberlo nacido, y para la que, mal ó bien, se dió tormento en más de una ocasion á la famosa invencion de Gutenberg; y es el caso que, arrastrada á mi pesar en esa contienda de defensores y detractores, tengo para mí como imposible no meterme de lleno en tan asendereada cuestion,

y dar mi voz y voto en el asunto, si no por su valer para el caso, por la desazon insufrible que, de no hacerlo, sentiria en las profundidades de mi pensamiento.

Con perdon de lectores y lectoras, y con perdon de los señores sábios que en la contienda tomaron parte, héteme aquí dispuesta á decir, mondas y lirondas, lo que á mi entender tengo por verdades indiscutibles, y lo que bien pudiera ser que no fuesen más que fantasmagorías de esa parte imaginativa, tan llevada y traida por el razonador y pensador sexo contrario.

Entremos de lleno en la cuestion, y puesto que de igualdades se trata, y unos quieren propinárnosla con relacion al bruto y otros la subliman hasta la naturaleza del ángel, juro y perjuro, sin que en esto haya ofensa para ninguna de las dos escuelas, que tan iguales nos hicieron nuestros padres Adan y Eva, si es que existieron tan inéditos personajes, como iguales

veniinos siendo á través de los siglos y á pesar de sus variables alternativas; pues repartido por igualdad de partes entre la raza del hombre el imperio de la naturaleza, lo que á ellos les sobró de brutalidad, nos lo pusieron de astucia, y lo que á nosotras se nos dió de más en ternura, lo poseen ellos de fuerza; y como para probarlo basta registrar los anales de la historia humana, paso á otro asunto, asentando como incuestionable verdad la perfectisima, equitativa y exacta reparticion que de los reinos del sentir y el pensar nos hicieron los ilustres creadores de la raza á que pertenecemos.

No se me venga con la fisiología á probar, como dos y dos son cuatro, que nuestro cerebro, en cantidad y calidad, es infinitamente inferior al del hombre é igual casi al del hotentote, último sér de la escala racional, el más inmediato al cuadrumano, porque á esto respondo yo

que órgano que no se utiliza concluye por atrofiarse, y que si desde nuestras más remotas abuelitas se vino relegándonos al pasivo papel de los irracionales, nada tiene de extraño que las nietas de tantas generaciones de necias tengan en su masa encefálica una infinitesimal cantidad de sustancia grís y un escasísimo volúmen de cerebelo, y con esto pongo el ejemplo de aquellas palomas de Darwin que nacieron con alas embrionarias sólo porque á sus ascendientes se les fueron comprimiendo artificialmente tan utilísimos miembros; y añado, para mayor abundamiento, que no se me puede argüir contra semejante ejemplo aquello de que la geología, con sus descubrimientos, ha probado el cómo siempre existió esencial diferencia entre los cráneos de los distintos sexos, porque á esto respondo que la geología, con todos sus datos y habilidosos experimentos, apenas si ha conseguido le-

vantar una pequeñísima punta del velo que envuelve los orígenes de la vida, y que á pesar de los múltiples ejemplares que manifiesta de tan notable inferioridad, no bastan para asentar como incuestionable verdad que, en las muchedumbres de nuestros ascendientes. apareciese marcadísima la diferencia intelectual de un sexo con relacion al otro, y sigo diciendo que como en el trascurso de los tiempos no representan nada las revoluciones que varios siglos pueden amontonar sobre los indivíduos de la especie humana, es muy posible que lo que en su orígen fuese perfectísimo, se trasformase en períodos más ó ménos extensos, dando lugar á modificaciones que luego sirvieron á la geología de comprobantes para que nuestros detractores se figuren asentar sobre firmes experimentos nuestra innata inferioridad. Y continúo mi relacion, cuyo punto de partida es declarar la igualdad más per-

fecta en equivalentes en nuestro comun origen, de todas cuantas condiciones físicas y morales arrastramos por este grano de tierra que rueda en las especies interplanetarias... Júzguese, pues, de mi asombro y estupor al ver á los defensores de la emancipacion abogar con el más encarnizado entusiasmo por manumitirnos de una esclavitud que no existe más que en su fantasía, luchando á brazo partido con esa otra parte de batalladores que quieren suprimir á la mujer, haciendo lado en su lugar, á una máquina portátil que á más de servir para el placer del sexto sentido, guise bien, planche bien y tome con exactitud la cuenta de la lavandera, sin que entorpezcan las funciones de tan *alta* mision otros sucesos que la gestacion y lactancia de algun futuro padre de la pátria, ó de algun asíduo concurrente al treinta y cuarenta...!

Ni tanto ni tan poco, ¡ilustres cam-

peones de los fueros de nuestro sexo! con dejarnos donde estamos, ganariais y ganaríamos muchísimo más. ¿Qué es emancipacion para quien se tiene por libre? Un mito irrisorio; ¿llamais emancipacion á darnos el derecho de vestir la toga curial y el bonete de doctor, sentenciando con sistemática serenidad en causas y pleitos...? Nosotras *de hecho* tenemos lo que de derecho disfrutais; ¿quereis saber cómo? entreabrid con mucho tiento los cortinajes del lecho donde reposa el juez; que no os sienta, y escuchareis á su mujer, si la tiene (y así que el hombre es juez ambiciona tenerla), decirle:

—Tú estás preocupado; no duermes; esa causa te va á quitar la vida.

—Sí—contesta el juez;—no sé qué sentencia dar.

—Pues mira, yo que tú, puesta la mano sobre el corazon, haria esto y lo otro...

Y aquí encaja la mujer lo que sen-

tenciaria, y si no es uno de esos séres, excepcion de nuestro sexo, que más que mujeres debieran ser figuritas de *biscuit*, y si el juez no es otra excepcion, que tambien los hay en el opuesto bando, y más que vivir como hombre debiera sustentarse en los bosques de América, vereis como el magistrado se duerme tranquilo, porque ella, en los senos de su conciencia, bajo la palabra de la que durante muchas noches le oyó dar vueltas en agitado insomnio, ha brotado, como luminosa inspiracion, la sentencia buscada y que aunque luego se piense, se medite y se varíe en condiciones y formas, lleva en el fondo el gérmen del pensamiento de la mujer, la esencia de la inspiracion femenina... ¿Me quereis decir, promulgadores de la emancipacion, quién dicta en semejante caso la sentencia de aquella causa...? ¿Quereis otro ejemplo...? Rara es la esposa del médico que no está al corriente de las

visitas de su marido, y aún es más rara la que no conoce los primeros elementos de la medicina cuando el esposo pertenece á tan sublime ciencia; pues penetrad en el estudio del sábio que busca inútilmente una solucion á la crísis del pobre enfermo; él duda, ella no. Créeme, si estuviese en tu lugar cerraria los ojos y le daria...—El médico piensa, reflexiona, la palabra de la mujer vibra en su oido, «cerraría los ojos;» «¿Por qué no cerrarlos...?» La solucion se acerca, el médico vuelve á aparecer despues de haber escuchado el hombre, y el enfermo sufre el tratamiento que la inspiracion femenina depositó como embrionaria idea en la mente del sábio... ¿Quién es aquí *de hecho* el doctor? ¿quién acude á la crísis del padecimiento?

¿Quereis penetrar en el hogar de la madre que cuenta entre sus hijos al hombre pervertido, cuya vida se desvia en el adulterio y la crápula? Pues vedla un dia y otro

dia, hoy con lágrimas, mañana con razones, luego con amenazas, más tarde con un desprecio fingido y convencional, y luego, buscad bien en el corazon de aquel hijo, y vereis, como chispa luminosa en medio de amontonadas pavesas, el eco vibrante de la voz maternal, de la voz de la mujer, que cual Argos de cien cabezas vela pidiendo con incesante clamoreo, la redencion del prevaricador, el cual al fin sucumbe al invasor torrente de aquella moralidad nacida del pensamiento de la mujer, y depositada en el corazon del malvado para redimirlo y perdonarlo... ¿Puede el moralista más escogido luchar con el poder de tan hábil moralizadora...?

¿Quereis hallar al patricio defendiendo los fueros de la libertad, ó las tradiciones de la teocracia? ¿Quereis encontrar al diplomático que concilia hábilmente los opuestos intereses de enemigas naciones? ¿Quereis ver al heróico guerrero que lucha

por defender su ofendida pátria? Pues buscád á la mujer; donde exista el patricio liberal ó autócrata, donde exista el diplomático y el guerrero, existen los hilos invisibles del avasallador poder femenino. ¿Para qué, pues, una emancipacion tan ridícula en la forma como innecesaria en el fondo? ¿Es acaso para que las leyes, ante cuyo criterio es cuestionable nuestra igualdad con el hombre, nos favorezcan en nuestras relaciones sociales con el opuesto sexo?

Tengo por seguro que cuantos achacan á defectuosa legislacion las miserias que sufren las mujeres, desconocen esa ley de las compensaciones ante la cual vemos que se inclinan cuantos poderes amontonan los hombres; además, si es un hecho que nuestras leyes, por sus defectuosas consecuencias, pero no por su equitativo espíritu, favorecen al hombre en cuantas cuestiones sociales se presentan, téngase en cuenta que la primera que contribuye á tan anó-

mala situacion es la mujer, por sus incalificables condescendencias, y es justo que, por la frivolidad de sus pasiones y la intemperancia de sus gustos, sufra las consecuencias á que sus mismas culpas la hicieron acreedora, y si á esto se arguye que hay muchas inocentes víctimas de tan irritantes desigualdades, contesto con las palabras de Dios cuando la sentencia de Sodoma: «Con sólo diez justos se salva una ciudad;» y añado que sin la sangre de los mártires no se consolidará nunca ninguna verdad, debiendo, por lo tanto, aceptar como alta mision del cielo ese Calvario de la mujer honrada, virtuosa y sensata, que vive bajo el yugo de un perverso tirano sin que las leyes humanas acudan á su defensa y libertad; sigan el áspero camino, que allá en el porvenir disfrutarán sus descendientes de los beneficios de su martirio, siendo un hecho la igualdad ante la ley, como lo es ante la naturaleza; y con

esto se prueba doblemente cuán innecesaria es una emancipacion que á todas luces amenguaria nuestro poder incondicional.

Nuestro reino es inmenso, se dilata en las profundidades de la conciencia del hombre, en los oscuros antros de su cerebro, perturbado por el escepticismo, y en los inmensos vacíos de su corazon, vacíos que se llenan, por nuestra innata ternura, de todos los movimientos generosos y nobles que le hacen reconocerse como soberano de la tierra.

Para vosotras tambien, mujeres, hermanas mias, se levanta mi voz; huid de la emancipacion, porque es la ruina de nuestro poder; desde el instante en que el hombre, teniéndonos por camaradas, penetre en los abismos, que hoy desconoce, de nuestros íntimos pensamientos, la tiranía de su poder no tendrá límites, y... ¿Pero á qué decir más sobre este particular? Jamás podrán los dos sexos tenerse

por enemigos; somos dos partes de un todo, cuya entidad, invisible á los sentidos y potencias, tiene por única é ineludible mision la reproduccion de la especie; y si en las manifestaciones especiales de nuestro distinto sexo puede haber diferenciales condiciones, en el fundamento primordial de la esencia, digo y repito, que son equivalentes las partes de nuestra organizacion, como corresponde al cumplimiento de nuestro comun destino sobre la tierra, siendo, por lo tanto, imposible, que ninguno de los dos sexos contribuya en absoluto, al engrandecimiento ó postracion del opuesto, sin que por esto deje de ser cierto que en períodos, más ó ménos extensos, sufra ya el uno, ya el otro, las influencias que las organizaciones sociales ó los trastornos fisiológicos impriman á sus indivíduos.

¡Con cuánta lástima contemplo á esos atrabiliarios enemigos de nuestro sexo!

Casi me dan tanta compasion, como asombro los emancipadores... ¡Que no oigan lo que voy á decir! Aquel que coloca á la mujer en las escalas del animal; aquel que, fiándose de sus aparentes inferioridades, la relega al puesto de los irracionales, es la primera víctima de las influencias femeninas; como más confiado, deja más lugar á la astucia de la mujer, y nada tiene de extraño ver á uno de esos detractores del género buscar, como débil niño, el consuelo de algun dolor en brazos de una meretriz, ó vivir atareado en trabajo superior á sus fuerzas para que aquella que, segun él, eligió por la necesidad de reproducirse, derroche en fútiles caprichos el capital conseguido con ímprobas mortificaciones. ¡Compadezcamos al desgraciado! En todo caso, sólo merece lástima. Pero, ¡alerta en la lucha que la actual generacion emprende contra nosotras y por nosotras!

A pesar de que las leyes de la naturaleza se rigen por principios fijos, y por tanto lo inmutable es su esencial condicion; á pesar de que nunca podrán alterarse las diferencias que distinguen, sin inferioridad por ninguna de ambas partes, nuestros opuestos sexos, pudiera muy bien venir un lamentable período revolucionario que nos sumiese por largo espacio de tiempo en las más funestas consecuencias. ¡Alerta, mujeres! Nuestros emancipadores quieren para nosotras la libertad de medios; pero no olvidarse que con ella perdemos la libertad de accion, mil veces mejor que el falso oropel de los aparentes poderes.

Tomad de la escuela emancipadora lo que á nuestros fines nos conviene, es á saber, la instruccion más ámplia. Engolfaos en el estudio para que, en la lucha que entre unos y otros estamos llamados á sostener, tengais armas de reserva con que de-

fenderos. Me direis muchas que, ¿cómo estudiar? El libro es el maestro, y no todas podeis disponer de libertad, de tiempo y de recursos para tan precisa ilustracion. Pues... estudiad... observando, haciendo uso de esa perspicacia analítica que debeis á la naturaleza. ¿Se os niega el libro que describe al hombre y sus obras? Pues estudiad al hombre mismo, y al conocerle, conocereis todas sus creaciones. ¿No podeis abarcar desde vuestro solitario albergue la vida entera de la sociedad en sus ámplias ramificaciones? Pues levantad los ténues visillos de vuestra ventana, y mirad; una sola escena de la vida que ante vuestros ojos se desenvuelva, os descubrirá un abismo de problemas sociales. ¿No podeis penetrar en los escabrosos senderos de los conocimientos científicos? Pues contad las pulsaciones de vuestras arterias; recoged la gotita de sangre que la afilada aguja hizo brotar de vuestro dedo, y miradla con

lente de poderoso aumento; depositad un grano de trigo entre varios de tierra; alejad de los rayos del sol la planta que nació entre sus efluvios; fijaos en la posicion de lo que llamais estrellas en los doce meses del año; colocad sobre un tablero de ajedrez algunos granos de mijo, siempre aumentados en cada casilla en el número de diez, y conocereis el movimiento circular de la sangre; las diferentes partes de que se compone el jugo que baña nuestros tejidos; las maravillas germinativas de que están dotados los átomos de la tierra; los principios nutritivos que deposita sobre el planeta la constitucion física del sol; la marcha invariable de nuestro mundo á través de los cielos, y la multiplicacion infinita, *fac simil* de un tiempo y de un espacio infinito.

Cuando todo esto, y mucho más que está á vuestro alcance, lo posea vuestra inteligencia, tendreis los primeros ele-

mentos de la instruccion científica. ¿Quereis avanzar más? Pues avanzad, y con ánimo sereno, recoged el último suspiro del moribundo; ved aquel cuerpo, poco antes lleno de vigor y de fuerza, ceder, como frio barro, bajo la presion de vuestro débiles dedos; buscad la luz que antes hizo latir el corazon de aquel semejante nuestro, y en seguida preguntaos: ¿Qué somos? ¿Para qué somos? ¿Por qué somos? Véd como entrais de lleno en los campos de la filosofía; seguid, seguid pensando sobre tales preguntas, y tal vez, encadenándose vuestros pensamientos, formen el principio de alguna nueva escuela que, ávida de conocer las fuentes de la vida, encuentre la palabra que hasta ahora cierra su santuario. ¿Os encontrais sin fuerza para tan áspero trabajo? Pues sabedlo: vuestra mision es ir á la par del hombre; si os quedais atrás, hoy que unos quieren empujaros con ciego fanatismo, y

otros os sujetan en los últimos límites de los séres animados, se trastornarán nuestros fueros, se perderán nuestros privilegios, y en tanto que unas, abandonando la rueca por el escalpelo, sufrirán todas las míseras penalidades que aquejan á los destinos del hombre, otras, esclavas del fanatismo de escuela, devorarán en el silencio y la oscuridad lágrimas de rabia y desesperacion.

Avanzad, y que el hombre, al regresar á sus hogares bajo la impresion de los sucesos exteriores, se halle con una parte de la vida representada por la mujer, la cual, con alto criterio y analítico juicio, desempeñe el sacerdocio del deber y la sabiduría. Entonces vendrá el libro, tan necesario para la completa ilustracion; cuando el hombre se convenza de que la meditacion no ha de llevaros al extravío, os abrirá las puertas del santuario, y la mujer científica será un hecho, sin que

para ello hayamos tenido que pasar el ridículo del doctor-hembra y del catedrático-femenino; entonces disfrutareis de las prerogativas que hoy, casi á la fuerza, quieren regalarnos nuestros entusiasmados defensores, sin meditar que, sin la conciencia del propio mérito, nunca habrá emancipados. Procurad, mujeres, la íntima seguridad de vuestro valer; llegad á ser sábias sin vanidad, grandes sin amor propio, entendidas sin falsa erudicion, modestas sin hipocresía, generosas sin debilidad, y vuestro reinado quedará asegurado por largas miriadas de siglos. Sorprended los abismos del alma del hombre, cuidando de dejar en la sombra alguno de los que hay en vuestra alma; que llegue un dia en que os encuentre educadas y poseedoras de la más alta ilustracion, sin la molestia de haberos dado educacion, de haberos ilustrado. Hé aquí el único ideal posible del porvenir, que nunca se llama-

rá emancipacion, porque, lo repito, solamente al esclavo se le puede manumitir, y nosotras nunca lo fuimos. El que otra cosa os haga ambicionar, os lanzará de lleno en el país de las quimeras, vestidas con el burlesco traje del ridículo, á la par que aquellos que intentan arrojarnos del pedestal donde nos colocó naturaleza, no consiguen más que anudarse con dobles vueltas el dogal de las astucias femeninas.

Sólo diré algunas palabras sobre la mision exclusiva que se imaginan ver en nosotras la mayoría de los que penetraron en el palenque de la lucha. Se cree que la mujer vive y nace para el amor, y se olvida, al asegurarlo, que es el único sendero abierto, sin restricciones, ante las facultades del alma femenina. Extiéndase en otros horizontes más dilatados el pensamiento de la mujer, y el amor será en ella lo que es en el hombre, siendo así

que tanto el uno como el otro no hacen más que representar una nota en esa escala universal del amor, que principia en las atracciones de los astros y termina en la cristalizacion del diamante; pentágrama donde la naturaleza recorre sus múltiples fines, sin que uno solo se aleje del eterno principio de armonía por el que se rige el universo, y que se puede condensar en una sola palabra: AMOR.

Ella vive y nace por él, porque de las prerogativas de su orígen es la única que posee con la conciencia de su valer, sin que jamás haya entrevisto fuera del amor más que un caos insondable de luces y de donde giran en confuso tropel los destinos del hombre. Por lo demás, en nada ofende á la alteza de su alma poseer esa cualidad distintiva que muchos nos arrojan al rostro como la prueba más concisa de nuestra inferioridad intelectual; el alma de la mujer, dotada de las más altas aptitudes

para el amor, demuestra lo inmediata que se halla á las grandes bellezas de la naturaleza; y al encontrarse más cercana de la excelsa cuna del linaje humano, se hace más acreedora á la veneracion de los que, impelidos por falsas pasiones, se alejaron de su orígen, olvidando los fines para que fueron creados.

Nada, pues, tan absurdo como asegurar que nuestro único destino es la manifestacion de un culto que en nada se refiere á las facultades del hombre, y nada tampoco más inverosímil que ciertas aseveraciones probando que, el dia en que la mujer adquiera una ilustracion superior, serán olvidados sus altos deberes de esposa y madre. No digo que no suceda en ejemplares aislados, porque, sin necesidad de recurrir á la excelsa sabiduría, vemos hoy á muchas mujeres sacrificar á la necia vanidad de fútiles caprichos todos los grandes movimientos del alma, siendo

casi seguro que muchas de las que hoy por cualquier cosa dejan de ser amantes esposas y tiernas madres, mañana, ante el vano triunfo que les pueda proporcionar una alocucion científica, olviden las manifestaciones de sus relevantes cualidades; pero afirmo á la vez que las que así obraren, como las que así obran, son excepciones del sexo, y que además lo harian impelidas por la vaciedad de sus sentidos intelectuales, como hay muchos hombres tenidos por sábios que demuestran en sus obras la falta de capacidad para desempeñar el magisterio que representan.

Desde luego puede asegurarse que, á medida que la mujer eleve su valimiento espiritual al nivel del otro sexo, crecerá en su corazon esa facultad innata á su destino de compañera del hombre y madre de los hijos de ambos, y á la par que su inteligencia abarque los grandes fines de la humanidad, los altos problemas de

la ciencia y las sábias leyes de la naturaleza, el movimiento de su alma hácia el otro sexo, en sus relaciones de esposa y madre, adquirirá la intensidad de lo sublime, y entonces sí que podrá decirse con algunos visos de verdad que su alma, servida por las vivas luces de su inteligencia, nace y vive para y por el amor. ¿Se necesita un ejemplo? Pues recorramos la historia de los hombres ilustres. Cuantos más grados de perfeccion demuestra su inteligencia, más intensidad de pasion se advierte en su corazon; y no hay uno solo de cuantos con su ingenio, su sabiduría ó su valor han contribuido al engrandecimiento de la especie, que no hayan sentido con toda la plenitud de su fuerza esa llama voraz del amor que acerca á la criatura á las idealidades del cielo, y hace que se pinten en la tierra las felicidades del paraiso.

No, no hay que temer por el amor el

dia en que la mujer alcance al hombre en su perfeccionamiento intelectual; al contrario, entonces *sentiria* el amor que hoy apenas inconscientemente conoce; entonces sabria todos los sacrificios que se merece esa religion de la naturaleza, y entonces, sin las nímias preocupaciones que hoy la rodean, sabria elevar al ídolo de sus amores sobre todas las consideraciones, hasta la region de lo sublime, dándole el culto de los grandes movimientos de su alma, y siendo para el hombre, no el vano capricho de un placer pasajero, sino la hermosa mitad de su especie, el admirable semejante de sí mismo.

. . . . . .

¿He dicho algo sobre la mujer? Creo que sí; pero pudiera equivocarme, y á la verdad, lo siento, porque me seducia decirle á los unos: las mujeres no necesitamos para nada una emancipacion que á nada conduce. Y á los otros: cuidado con un

desliz, porque es ridículo que quien nos trata de inferiores caiga bajo nuestro poder... En fin, ello ya está dicho, y me alegraré que alguna de mis compañeras, que sueña en su fantasía con ceñirse la incómoda basquiña del abogado, comprenda la inmensa ventaja de desempeñar el bufete sin género ninguno de responsabilidad y molestia; y que alguna otra que acaso pasa una parte de su vida plegando y desplegando un volante para ver si la falda está más graciosa á la inglesa que á la turca, y la otra parte en averiguar si el blanco Matilde da más brillo que la crema á la nieve, entre en cuentas consigo misma, y reflexionando lo que mejor la conviene, desdoble la hoja marchita de alguna pobre enredadera, buscando entre sus pliegues los primeros elementos de un estudio que la habrá de colocar en su primitivo puesto de *compañera semejante del hombre*.

Con esto, y con haber hablado de un asunto en que todos se creen con derecho de hablar, me doy por satisfecha, pidiendo gracia, con toda la dulzura que caracteriza á mi sexo, para estos ligeros apuntes que, acaso andando el tiempo, se conviertan en más ámplio trabajo; apuntes en que, intentando decir algo sobre la mujer, pudiera muy bien haber demostrado la inutilidad é insuficiencia del género á que pertenezco.

EL PRIMER DIA DE LIBERTAD.

(MEMORIAS DE UN CANARIO.)

Viajero que pasas, si te detienes junto á esas piedras que bordean el camino, recoge estos apuntes que te dejo entre las finísimas hebras de mis plumas; párate y escucha las últimas frases de mi agonía, escritas entre los pios de mis postrimeros gorgeos; ¡ojalá que medites al terminar lo que leyeres! ¡ojalá que busques entre el terroso polvo que pisas, algun ténue hueso de aquel que fué mi cuerpo!; y ¡ojalá que, al tender tu mirada en el espacio de los cielos, no envidies el poder de las alas que

allá en tu fantasía, quisieras tener para cruzar, como el pájaro, la region infinita sin fijar tu planta sobre la áspera tierra...! ¡Escucha...!

Yo nací en jaula de oro; entre las suspendidas pajas de un nido hecho de filigrana, abrí mis ojos á los rayos del sol de Mayo; todo era luz en torno mio; un tibio invernadero daba vigor á exóticas plantas abrigando con sus delicados efluvios, la ténue vida que en mí nacia ante el suave calor de mis enamorados padres; volteadores compañeros mandaban á las vibradoras ondas del aire su confuso tropel de trinos y gorgeos, y sobre las arqueadas ramas de un simulado sauce de plata, piaban á porfia mis hermanos de otra nidada, aprendices del canto de nuestros mayores que, en tonos destemplados, intentaban formar armónicas escalas y desprendidas notas. Mi pluma fué de oro como mi jaula; cuando pude tenerme sobre el argenti-

no árbol, me fijé vanidoso en las ondas del cristalino arroyuelo que por la pajarera cruzaba, y con el orgullo de mi belleza, alisé mis plumas en órden minucioso con todo el primor del que ama la hermosura, y en sí mismo la ve. Aprendí á cantar; mis trinos dominaban con su agudo poder, las voces de mis asombrados compañeros, y cuando al ponerse el sol le despedia desde las más altas ramas del sauce, todos los pájaros que conmigo vivian, escuchaban con religioso silencio, el inspirado himno de mi amor. Un dia mi hermosura y mi canto llamaron la atencion de una mujer que me contemplaba absorta; cambié de jaula, me despedí de mi infancia, y abandoné aquel recinto donde las palmeras enanas mezclaban sus largas hojas con el brillante plátano y el aterciopelado naranjo; mi jaula fué de plata, y en vez de árbol una argolla de sonrosado coral me brindaba, suspendida por ténue

alambre de oro, el suave vaiven de columpiadora rama; estaba solo, solo en el santuario de una mujer hermosa; vivia entre el amor, la molicie, el lujo y ¡quién sabe! ¡acaso la falsedad! desde mi jaula contemplaba á mis piés todo un mundo de pequeñeces, al parecer grandezas entre los hombres; anchos divanes de rameado raso dejaban escapar de sus bordes cascadas de seda y deshilachado hilillo de oro; jardineras de bronce y afiligranado barro, sostenian plantas compañeras de aquellas otras que ví al conocer la vida, pero que sólo eran iguales en la forma, pues mucho más reducidas ó empobrecidas vejetaban buscando un rayo de luz, y entreabriendo sus pálidas flores ante los minuciosos y artificiales cuidados de mi dueño; grandes lámparas de bronce y de china pendian, como mi jaula, de aquel nido de la tierra, y sobre mesas, muebles, estantes y veladores, un mundo de barro, metal, marfil,

nacar, pórfido y alabastro, se mostraba á la vista bajo las múltiples formas que la naturaleza ofrece en sus infinitas y admirables trasformaciones. Aquel gabinete era como una miniatura, hecha por tosca mano, de las grandiosas obras de la creacion; en detalles admirable, en conjunto mísero; de mi reino no habia más ejemplar que yo; á mi ama no le gustaban las aves, y sólo por lo excepcional de mi belleza y mi mérito, pude entrar en aquel mundo sin creador.

Era feliz; cuidadosamente atendido, jamás me faltaba el agua cristalina en mi taza de cristal de roca, ni la fresca yerbecilla enganchada en los primorosos alambres; como de noche cambié de jaula, no conocia más cielo que un giron azul ó ceniciento, segun las nubes que lo surcaban, que por entre las corridas cortinas aparecia como punto brillante de un más allá ignorado y desconocido; mi ambicion era

mi canto; separado muy jóven de mis entendidos maestros, apenas si recordaba alguna que otra escala, y como en aquel recinto no vibraba otra armonía que la de mi garganta, yo luchaba con valentía por recordar el canto de mi infancia, creando en mis largas horas de soledad variaciones para mí desconocidas, y que brotaban entre mis trinos, bajo el soplo divino de una inspiracion ardiente y avasalladora. La gloria de mis triunfos era escucharme; tenia la conciencia de mi mérito; sabia que valia mucho, y la satisfaccion de conocer mi valor, creaba en torno mio un mundo de felicidades; además, sabia que me atendian; veia á mi dueña medio recostada en suntuosa otomana, suspender el caprichoso trabajo que entre sus dedos tejia, fijando en mi entreabierto pico, la mirada de sus ojos grandes y melancólicos, y le oia decir con encantadora sonrisa: «¡Qué pájaro! ¡parece mentira cómo canta!

¡con él, mi cuarto es un paraiso!» ¡Oh! ¡por qué ambicioné otra cosa que hacer de aquel rincon de la tierra un facsimil del alcázar del cielo...!

Un dia se fué mi ama encargando que me cuidasen con delicada solicitud y que, para que no sintiera su ausencia, sacasen mi jaula al balcon de su cuarto; así se hizo, y aquel dia ví por primera vez el cielo, me hallé de frente por la primera vez de mi vida con el pájaro libre, con el audaz compañero que vagaba cruzando con sus alas las ondas del aire, y llenando de armónicos sonidos las galas de la naturaleza; del balcon donde me pusieron, dominé un extenso jardin; al final de él se abarcaba un horizonte inmenso; el campo con sus altas lomas cubiertas de doradas mieses, sus solitarios y torcidos árboles; las enmarañadas viñas y los cenicientos olivares, y allá, muy lejos, las altas crestas de quebradas montañas medio vestidas de

nieve; ¡el campo con su majestuosa belleza, con la diáfana luz de sus dilatados horizontes, con el purísimo ambiente de los aromáticos efluvios de plantas y de flores! ¡Oh! ¡aquello era la vida de lo desconocido que se mostraba ante mis ojos en toda la extension de su grandeza! ¿Qué pasó por mi? ¡lo ignoro! ¡sé que mis plumas se ciñeron en derredor de mi cuerpo como frio sudario; sé que mis alas, trémulas y vacilantes, hicieron con brusco movimiento ademan de extenderse, y que al tropezar con el frio metal que me envolvia en circulo entretejido, se abatieron cayendo sin fuerza ni calor en derredor de mí; sé que mi pico entreabierto para modular un gorgeo, dejó escapar el eco ronco de un agudo grito, y sé que mi cabeza extendida, jadeante, ávida de penetrar en aquel horizonte que ante mi vista se extendia, quedóse inmóvil y fija, absorta en la contemplacion de aquel nuevo mundo...! Po-

bre preso! pasó diciendo un pájaro ceniciento, feo en comparacion á mí, pero hermoso en medio de aquel cuadro de pardos matices donde el batir de sus alas era la representacion de la vida en accion. ¡Pobre preso! gritó alejándose y perdiéndose como punto invisible en el Océano de luz que lo envolvia...

¡Con que estoy preso! murmuré, mientras mis alas se recogian lentamente en torno de mi cuerpo, y mientras mi cabeza ciñéndose al cuello, dejaba huecas las plumas de mi pechuga.

¡Preso! ¡preso! y ellos ¡libres! ¡libres! ¡Pobre de mí...! aquel dia no canté; pasaron muchos y mi voz se anudaba en mi garganta cuando queria modularla: ¡cantar estando preso! ¡si estuviera libre! Por fin, llegó un dia en que vencí la pena que embargaba mi voz y canté, pero ¡ay de mí! mi canto no era el trino melodioso, jugueton, alegre y agudo de los pasados tiem-

pos; cantaba, sí, pero llorando; los gorgeos que de mí salian llevaban en sus notas gritos de angustia, sollozos de desesperacion, quejidos de amargura, y dominando tan estrafalario concierto, sobresalia siempre, como la esperanza sobresale en los movimientos del dolor, una nota aguda y estridente que repetia sin cesar. «Libertad.» «Libertad.»

A fuerza de repetirlo llegué á amarla, y enamorado ya de aquel mito que, en medio de mi dolor, brotó como rayo de luz en densas tinieblas, sólo por ella llegué á comprender el por qué con mi voz llenaba el ambiente, el por qué las plumas de mis alas se extendian en delicado círculo; desde entonces viví para la libertad; esperándola, acariciaba mi aterciopelado plumaje; esperándola sufria tranquilamente la ausencia de aquel cielo que ví una vez no más; esperándola, volteaba en mi argolla de coral, como si en ella viese la

rama que más tarde habia de sostener mi nido, y esperándola, ensayé nuevos cantos, creyendo que cuando para siempre la gozase, debia saludarla con el himno más hermoso de cuantos me inspirase el cielo...

Por fin un dia le canté, con todo el entusiasmo de mi juventud, sobre las altas ramas de un ciprés... estaba libre ¡libre! y mi canto resonaba en el árbol, emblema de la muerte... Desde mi jaula, por un descuido abierta, volé á aquel árbol, que dominaba á todos; aunque corto el trayecto, la fatiga me rindió y allí posé mi planta y canté á la libertad; el cielo era mio, no tenia más que tender las alas y mecerme en sus etéreas gasas; el horizonte era mio; batiendo el aire con mis plumas, cruzaria lomas, vegas, olivares y montes; el más allá para mí no existia; la tierra era mi mundo, el cielo mi techo, la creacion mi jaula. ¡Hermosa libertad...! Tendí mis alas, un dolor agudísimo me obligó á re-

cojerlas, ¿cómo es esto? ¿con alas no he de poder volar? ¡ay de mí! ¡no podia, el hecho era bien cierto...! ¡cómo volar con ellas, si las cien generaciones de mis antepasados y yo con ellos nunca hicieron uso de aquellos miembros que para volar nos dió el cielo...! ¡fatalidad! ¿Tendré que volverme á ese mundo en caricatura donde pasé mi vida? ¿Será posible que siendo pájaro, tenga que ir á encerrarme en el estrecho recinto de un antro informe...? ¡No! dije con un arranque de indomable valor, mi sitio es este; si logro acostumbrarme á este mundo en que jamás viví, mis hijos serán libres; probemos; no yendo lejos, tal vez pueda volar... tendí las alas; el poderoso esfuerzo de mi voluntad á quien la libertad aguijoneaba, me dieron fuerzas y volé; un árbol grande al borde de un camino fué mi parada, el sol se alzaba majestuoso en medio del cenit y su fuego, cayendo en abrasadores rayos, tornaba el ramaje del

árbol en ardiente recinto; mi pico se entreabria de calor y cansancio, tenia hambre tambien; ¿dónde comer...? busqué con la mirada, y nada; sin embargo, yo veia algunos pájaros más pequeños que yo, que desde larga distancia, venian á recoger algo que yo no veia sino cuando ellos lo levantaban; me fijé bien y comprendí mi desgracia, no veia como ellos...; es decir, ¡que no sólo mis alas eran miembros inútiles, sino que mis ojos tambien!

¡Pobre preso! en la media luz de invernaderos y gabinetes, tus púpilas perdieron la potencia que les dió el cielo, y hoy no sabes recoger el mísero grano que para tí destinó la naturaleza; lloré cantando; sólo cantar sabia y mi esperanza me llevó á creer que, al escuchar mi voz, acudiria algun ave que cariñosa me serviria de guia y de sosten en la ruda prueba que me esperaba; canté las más dulces endechas de mi infancia, aquellas que atraian

en otros tiempos la atencion de todos mis compañeros; al poco rato, un pájaro se posó junto á mí, luego otro y otro; todos eran pardos, del color de la tierra; sus recias alas y sus agudos picos demostraban bien claro lo acostumbrados que estaban á los rudos trabajos de la vida... ¡Ay! ¡eran libres! mirándolos seguí mi cancion, de pronto un confuso clamoreo me advirtió que se hablaban; «qué feo es,» exclamaba uno. «Miren el remilgado y qué primores que sabe,» murmuraba el otro. «Más valia que en vez de cantar se tiñese con tierra esas plumas chillonas y descoloridas.» Callé trémulo de amargura... Yo, que me suponia belleza superior, era objeto de escarnio para aquellos reyes del aire; en esto llegóse al grupo otra ave, me vió, lanzó un agudo grito y diciendo: «Está junto á mi nido,» se lanzó sobre mí con el pico abierto y las alas extendidas; todos le siguieron, y antes de darme cuen-

ta de mi nueva desventura, caia al pié del árbol á fuerza de picotazos y empujones. Hasta allí me siguió la saña del que me creyó su rival, y magullado, con cien plumas de ménos, herido y triste, pude en fuerza de temor, volar hasta un escueto olivo donde al fin me dí cuenta de mi situacion; la noche avanzaba, el hambre y la sed me acosaban con insufrible necesidad, el frio sucediendo al calor comenzaba á entumecer mi cuerpo, y con las tinieblas se acercaba para mí un mundo de terrores y de congojas; ¿dónde acojerme...? ¡á mi jaula! no ¡antes la muerte! ¡Sin libertad, para qué vivir! ¡si al ménos tuviese hijos! ¡Ellos sí que serian libres! ¡pero nada, estoy sólo, y la noche llega con sus sombras y sus rumores, los gritos de las nocturnas aves, la fria escarcha de sus nieblas, lo espantoso de su soledad... Ahuequé mi plumaje, me recogí debajo de una rugosa corteza, y temblando de frio, de hambre

y de sed, cerré mis ojos, mientras un pio quejumbroso y doliente se escapaba de mi desgarrado corazon: ¡qué noche! solamente la esperanza de no pasar otra me anima á describirla. El cielo con sus astros, suspendidos sobre mi cabeza, parecíame inmenso capuz que dejaba al descubierto mil ojos, ávidos de buscarme para herirme; la tierra parda y fria, perdiéndose en la sombra, ante la escasa fuerza de mi mirada; y yo, aterido de frio, temblando de terror, sin más apoyo que la frágil rama que más de una vez osciló ante el vuelo del buho, que, con sus ojos rebuscadores y brillantes, intentaba hacer presa sorprendiendo la adormida república de las aves, contando con espanto los eternos instantes de aquella noche en la cual sufrí mucho más que la más temerosa fantasía pudiera figurarse.

Nada hay en mí de ayer; no vuelvo á mi dorada prision porque, enamorado de

una vez para siempre de lo que en mí despertó el dolor y el placer, la esperanza y la incertidumbre, quiero ser mártir de mi pasion y abrazado al áspero tronco donde hallé mi martirio y mi felicidad, quiero morir por la libertad, puesto que por ella viví; y al sucumbir á los rigores de un mundo que no es mio y de una naturaleza que me rechaza como espúreo, siendo su hijo, quiero exhalar mi último canto en loor de ella y por ella, para que si alguna vez se creyese indignidad el exceso de mi amor, en fuerza de su misma intensidad, y de mi prolongado martirio, se haga sublime su causa y me redima de mi pasion al morir por ella...

Antes de salir el sol, próximo á perder para siempre este don de la vida que no ha sido bastante á darme la felicidad en la tierra, dejo caer al pié del árbol donde voy á morir, las plumas en que lego á la posteridad las memorias de mi existencia,

y ¡ójala, viajero, que al pasar las recojas diciendo al leerlas: ¡hé aquí lo que cuesta el primer dia de libertad!

Febrero, 1881.

LOS INTERMEDIARIOS.

(BOCETO.)

I.

Etimología de la palabra.

Viene de intermedio: *intermedius*, *interjacens:* aquello que se encuentra entre dos extremos opuestos; la parte media de una línea recta que no lo seria sin la precisa condicion de tener en su centro ese agente que liga su principio y su fin: hé aquí el intermediario. La historia de la geología, ó sea de la formacion de la tierra, nos le muestra alguna vez fósil en la escala animal ó vegetal, ligando especies extremas y desconocidas en la actualidad.

El intermediario es el preciso eslabon con que se une la existencia en sus múltiples trasformaciones; es una palabra que realiza todas las evoluciones de la naturaleza; su orígen es divino, suprimirla es suprimir á Dios; desde Él hasta nosotros, debe existir un intermediario; este es el espíritu, intermediario entre la divinidad y la materia, entre el alma y el cuerpo, entre la idea y la palabra, entre el Creador y la criatura: hé aquí el intermediario celeste.

En el mundo de los sentidos, el intermediario son los nervios; unen las manifestaciones del espíritu á los movimientos de la carne; hacen vibrar los gustos sensitivos bajo el impulso de la inteligencia, intermediaria del espíritu, intermediario de Dios; hénos ya con la cadena reconstruida desde los últimos eslabones, por medio de los intermediarios; en desapareciendo esos agentes de la unidad,

desapareceria la armónica escala de la naturaleza; la significacion de esta palabra es, pues, tan sublime como la más precisa de las leyes que regulan la vida; hay que admitirla como necesaria, reverenciarla como divina, conservarla como reveladora; traduce todo un *mundo* de misterios; es el universo puesto en accion bajo el poder de las perfecciones armónicas de Dios; sin ella no pueden reconstruirse los principios de la vida, como no pueden adivinarse los fines del espíritu; esta palabra forma los *sostenidos* de la creacion; suprimiéndola, marcando rudamente con enérgicos trazos los contornos de la vida, desapareceria de entre nosotros el claro-oscuro de las obras de la naturaleza; el mundo del espíritu y el de la materia, serian vigorosos escorzos jamás suavizados por los tonos de las medias tintas; hénos aquí de frente con la necesidad imprescindible de los intermediarios,

lo mismo en el mundo físico que en el mundo moral: pasemos á otro género de reflexiones sobre el asunto.

II.

Los intermediarios geológicos.

Son muchos y en múltiples formas, y sin embargo, no son bastantes á reconstruir con minuciosa perfeccion la escala de los séres.

Desde la piedra hasta el hombre, faltan infinidad de intermediarios, que los profundos estudios de los más hábiles geólogos no han podido descubrir, pero que no por esto se les niega la existencia.

Remontemos el pensamiento á los tiempos en que nuestro sistema planetario era una nebulosa, masa de luz fosforescente, rielando en la inmensidad de los espacios siderales; desde entonces hasta el

momento que separados en órbitas gigantescas empezaron á girar los planetas al rededor del sol, existe un intermedio fabuloso de miriadas de siglos, intermedio que apenas concibe la mente y que nunca analizaron los sábios; hé aquí, en esos siglos, los primeros intermediarios que contribuyeron á la formacion de nuestro universo.

La tierra es un hecho; el enfriamiento de su corteza ígnea, la inmensa pérdida de su calor central, al girar en vertiginosa carrera por las soledades del Eter, modifican las condiciones de su naturaleza, crean su atmósfera y la disponen para recibir los primeros gérmenes de la vida; hénos ya en el período intermediario entre la potencia del Creador y el nacimiento de la criatura; ya estamos enfrente de las primeras manifestaciones de vitalidad desarrolladas en la frágil corteza de nuestro incandescente planeta.

El agua, condensándose en la atmósfera, cae en torrentes de fuego sobre la tierra, ofreciendo la cuna que sirve de orígen á los séres orgánicos; en este momento aparece el período de transicion, punto intermediario entre la nada y el todo, entre las tinieblas y la luz, entre la muerte y la vida.

La naturaleza se desarrolla exuberante sobre nuestro globo, mal enfriado todavía, llevando en su seno torrentes de lava y mares de fuego; bajo el calor externo del sol y el de sus entrañas, se forman los gigantescos bosques de helechos y de calamitos; aparece el reptil, así como en las aguas el zoofito y el pez; y el período hullifero marca su paso sobre la superficie de la tierra; hé aquí otro intermedio en el cual han de terminarse los más árduos problemas de la generacion espontánea.

La tierra se puebla de infinidad de séres; los peces y las aves, los reptiles y

los mamíferos, los zoofitos y los insectos vagan por sus contornos, cruzando el mar, girando en el ambiente, arrastrándose en los pantanos, paciendo en las praderas, vegetando en las rocas, zumbando en los bosques; la creacion se realiza en sus maravillosos principios, y los tipos primitivos de los séres orgánicos aparecen sobre la superficie de nuestro globo con toda la salvaje rudeza de sus formas enérgicas y vigorosas; la tierra registra entonces otro período intermediario entre los orígenes de la vida y las modificaciones consecutivas á los medios en donde tiene que desarrollarse.

Pero el mundo está hecho; nada importa que parciales enfriamientos de su superficie trastornen las escalas botánicas y zoológicas; nada importa que la desviacion de su órbita primitiva empuje las aguas de los mares y deshaga en diluvio las nubes del cielo, sepultando en ondas

cenagosas especies enteras; los orígenes de la vida, manifestados ya en la extension terráquea, subsistirán á pesar de tan espantosos cataclismos, y los grandes misterios de la creacion tendrán ancho espacio donde realizar sus maravillas, en tanto que el calor del astro central reparta sus benéficos rayos por la superficie del planeta.

Pero aún no ha terminado la geología de manifestarnos sus intermediarios; en pos de los grandes períodos en que divide la formacion de la costra terrestre, vienen las divisiones zoológicas á iluminar con su brillante colorido la formacion de nuestra planetaria morada; la geología desciende hasta encontrar el *humus*, humildísima cuna de nuestras fecundas existencias, y desde aquel elemento orgánico parte, por grados ascendentes, hasta encontrarse con el mamífero cuadrumano, última manifestacion de la vida, con la cual cierra

la geología sus hábiles descubrimientos. Del uno al otro extremo existen los intermediarios, y, por consecuencia lógica á la forma clasificadora de los períodos geológicos, entre esa extensa colectividad de intermediarios, entre el *humus* y el hombre, entre el gérmen y la criatura, entre la idea y la forma, existen, á manera de firmes pilares, especies tipos donde convergen las condiciones más opuestas, representadas por otra série de intermediarios. Del uno al otro reino, de la una á la otra especie, la transicion se verifica insensiblemente, por medio de séres cuyas cualidades alcanzan alguna parte de los extremos; subdividiendo esta segunda escala, encontraremos tambien tipos que concretan especies y familias, y entre ambos otra série de intermediarios, muchos de ellos perdidos con toda su descendencia en la oscura noche de los siglos pasados, y algunos, tales como el *pterodactylo*,

presentándose en esqueleto fósil ante las escudriñadoras miradas del geólogo y mostrando en su gigantesco cuerpo de reptil, en su poderoso cuello y cabeza de pájaro y en sus vigorosas alas de murciélago, la mision intermediaria de su existencia, lazo de union entre el ave y el saurio, entre el cielo y el cieno, entre lo bello y lo feo, entre la luz y la sombra.

Por donde quiera que abra la geología sus páginas de piedra, se descubren vestigios del intermediario, y si á grandes distancias se pierden en las tinieblas esos escalones por donde la vida ascendia á su perfeccionamiento, en otros periodos está reconstruida con minuciosos detalles tan hábil evolucion, no habiendo género de duda al afirmar que existieron los intermediarios, hoy perdidos á pesar de las indagaciones de la ciencia, puesto que con una sola especie, con una sola familia, con un solo indivíduo en que aparezcan

las cualidades distintivas de su mision intermedia, basta para asentar como ciertas las modificaciones ascendentes de la vida por transiciones lentas y múltiples.

III.

El intermediario de la especie humana.

A primera vista, y sin previo conocimiento de causa, á cualquiera se le ocurre que el intermediario de nuestra especie es el gorilla ó el mandril, y áun los que más avanzan suponen encontrarle en el cafre ó en el hotentote: no se puede negar, de una manera rotunda, que ambos grupos no forman una clase de intermediarios entre nuestra familia; pero el sitio que ocupan en la escala animal es anchísimo terreno donde se hallan diseminadas las cualidades distintivas de la humanidad, desde sus más toscos principios hasta los trazos ru-

dimentarios de la más alta inteligencia; por lo tanto, no puede verse en esos grupos de monos y de salvajes otra cosa que el principio de una especie intermediaria, es cierto, de otras más toscas é inferiores, pero nunca el paso insensible y delicado al perfecto ser racional; entre el mono y el cafre han debido existir un sinnúmero de intermediarios, así como entre el cafre y el hombre existe una infinidad de los mismos, siendo casi seguro que entre el hombre y el angel existirán miles de especies intermedias; la dificultad de encontrar las perdidas entre el gorilla y el hotentote es insuperable; no se ha descubierto ningun ejemplar que las manifieste, y si fuera posible que así como en la extructura anatómica se encuentran analogías asombrosas, se hallasen afinidades en la moral, el paso medio estaria reconstruido; pero desgraciadamente el abismo no se llena, y el orgullo humano es una

de las rémoras que entorpecen la aclaracion de tan árduo misterio: ya se ve, ¿cómo conceder sin violencia que nuestros abuelos descendian por línea recta de una pareja de mandriles...? ¡El salto es espantoso! Desde la divinidad al mono, desde el hombre hecho á imágen de Dios hasta el racional nacido del cuadrumano, la negacion es absoluta, aunque la evidencia geológica y anatómica sea un hecho consumado. A partir desde esa especie de intermediarios perdidos entre el mono y el hombre, ya no se reconoce ninguna gradacion en la escala de los racionales; todos son hombres; desde el hotentote hasta Miguel Angel, desde el cafre hasta Dante, desde el patagon hasta Sócrates, y sin embargo, la escala no está cerrada en una sola nota representada por el hombre; hay intermediarios que, partiendo del estado salvaje ó rudimentario, preparan suavemente, por medio de conatos de ra-

cionalidad, el ascenso á la suprema inteligencia del hombre.

Hé aquí la gran dificultad para los actuales moradores de nuestro mundo; buscar, encontrar, bajo las multiplicadísimas y variadas formas en que se presentan, á esos intermediarios de nuestra especie, verdaderos híbridos, que arrastran su organismo por las esferas de las más nebulosas constituciones, y no hay que buscarlos fuera de las divisiones de raza; nada de eso, el intermediario del negro no puede ser el malayo, como no puede ser el intermediario del blanco ni el esquimal ni el mogol: los intermediarios de las razas hay que buscarlos entre sus congéneres, y de aquí la inmensa dificultad de hallarlos, mucho más cuando los caractéres exteriores apenas si difieren. ante los ojos del más sagaz observador, de los rasgos característicos de sus semejantes. ¿Acaso la dificultad de encontrarlos demuestra

que no existen? Nada de eso; existen, se ven, desprendiéndose de vanas preocupaciones; y aún más, se ven en asombroso número de ejemplares; estos séres pululan y se multiplican; para cada indivíduo de la especie humana que ostenta en su completo desarrollo las facultades racionales exclusivas del hombre, hay cien intermediarios que no poseen más que en estado rudimentario, en embrion, y permítasenos la frase, las condiciones del alma; no parece sino que á medida que la vida avanza hácia su perfeccionamiento, se hace más precisa esa preparacion paulatina hácia lo exacto, demostrada por los séres intermedios.

Sin duda en los crisoles donde se purifican los atributos del espíritu racional, tienen que verterse en grandes cantidades diferentes escorias, cuyas partículas invisibles sean aprovechables para la formacion del todo perfecto; sólo así, y despues

de haber reconocido en el estudio del ayer la presencia ineludible de los intermediarios, es como se puede contemplar, sin movimiento de espanto, esa inmensa familia de séres que llena el vacío entre el irracional y el hombre, entre el instinto y la inteligencia.

IV.

Rasgos característicos del intermediario de nuestra raza.

Este es el punto culminante de la cuestion. Una vez conocida la etimología y significacion de la palabra; una vez repasada la geología y expuestos en diferentes formas, condiciones y estados sus períodos intermedios; una vez asentada la imprescindible necesidad de su existencia, y por último, una vez encontrados vivientes los intermediarios del hombre, es ne-

cesario, si no se quiere que tal aserto pase á la categoría de fábula, probar en qué, cómo y cuándo se conocen esos célebres intermediarios del hombre. Asunto es difícil, porque hay que descender mucho: desde la tierra en estado ígneo hay que bajar hasta el gomoso de nuestra sociedad; desde el período de transicion tenemos que penetrar en el perfumado ambiente de un gabinete á lo Luis XV; desde el interior de los bosques de calamitas hay que encerrarse en las oficinas de algun Banco hipotecario sobre porcelanas del Japon; hay que sentarse en los escaños de un Congreso, en las butacas de un coliseo, en la trastienda de un comercio, y hasta en la sibarítica mesa de un título nobiliario y de una mujer de moda...

¡Tales distancias y tan profundos abismos hay que recorrer para encontrarnos de frente con los intermediarios de nuestra raza! Véase, pues, lo difícil del asunto

y lo árduo de la empresa; pero no importa: la verdad es luz, y siguiéndola, no hay laberinto donde se pueda extraviar el hombre, y como el intermediario existe, es decir, es una verdad, y como para encontrarle basta fijarse con detenimiento en las particularidades que ofrece, y como es muy conveniente que se extienda el conocimiento de tal sér, puesto que admitido y tratado como intermediario pasa á la categoría de inofensivo, y no siendo á primera vista descubierto puede acarrear profundos y graves perjuicios, de aquí la precision de poner de manifiesto las condiciones y rasgos característicos que le distinguen.

El intermediario se halla en los dos sexos en iguales proporciones; empezando por el que se considera superior se puede decir que se encuentra en todos los estados de la vida; aún hay más, la edad no modifica en nada sus especialísimas

condiciones. El intermediario puede ser noble y plebeyo, aunque abunda más entre la primera clase, toda vez que el pueblo es, en colectividad, un gran intermediario de las clases superiores, y en medio de sus masas los indivíduos de inteligencia son las excepciones; por esta razon, hay más intermediarios, proporcionalmente, en las altas esferas de la humanidad: tenemos, pues, el intermediario noble y plebeyo, rico y pobre, casado y soltero, sacerdote y seglar, jóven y viejo, masculino y femenino: como se ve, la especie es numerosa y variada.

El intermediario, en su parte física, es casi igual á los demás hombres, aunque la frenología demuestra con frecuencia grandes diferencias en sus cavidades cerebrales; pero estas diferencias sólo se manifiestan ante los ojos de la ciencia, ayudada por el estudio; las masas, el total de la humanidad, no distingue esos rasgos fre-

nológicos del intermediario; solamente en sus ojos, en su fisonomía, puede el hábil observador ver algunos detalles de sus condiciones especiales.

El intermediario es afectado en sus gestos y miradas; hablando y expresándose por sensaciones instintivas; nunca marchan acordes los movimientos de su fisonomía con la exposicion de sus ideas; no oyendo el eco de su palabra, es decir, viéndole hablar sin oirle, su gesticulacion es la más viva copia de los ademanes peculiares del mono; en esto es menester insistir, porque es uno de los caractéres exteriores, donde más se conoce su afinidad con los cuadrumanos; en su risa tambien encuentra el observador rasgos inequívocos; si es hombre, se rie en una nota aguda, sarcástica, como el grito del pavo real, y su risa suele ser tan extemporánea al asunto de que se trate, que hiere de una manera desagradable el tímpano del oyente. Otro

detalle: cuando el intermediario no es romántico, en cuyo caso su risa no pasa de mueca, y esta clase está en minoría en la especie, entonces es excesivamente jocoso, siempre se está riendo y siempre á gritos.

Si el sér es hembra, entonces su risa no es aguda, es bronca, como la carraspera catarral; es una carcajada hueca, sonora, prolongada en ocasiones hasta el enrojecimiento de las mejillas, pasa con frecuencia á risa nerviosa, es mucho más afectada que la de su compañero, y siempre hace el efecto que haria una bomba estallando sobre la mesa de un festin; los ademanes en el femenino de la especie, tienen un sello especial de coquetería huera y perfilada que funda sus dengues y sus monerías en la colocacion de un pliegue de la falda, en el afianzamiento de una flor prendida en el cabello, y en la colocacion perpendicular de algun herrete,

borla ó cintajo con que se adorna la individua, porque conviene saber que la intermediaria es perfectísima imitadora de cuantos maniquís viste la moda.

Para terminar la série de caractéres exteriores del intermediario, se puede citar la vaguedad de su mirada; á pesar de sus esfuerzos para que aparezca melancólica cuando el asunto de que se trata es triste, brillante cuando es alegre, profunda cuando es grave, observadora cuando es científica, sus ojos son dos inmensos fanales por donde se asoma un alma informe, indeterminada, solicitada por igualdad de partes, lo mismo por las toscas sensaciones del animal que por las atracciones de la racionalidad. Los ojos del intermediario brillan sin reflejos, buscan sin intencion; en una palabra, miran sin ver, y sin que en la vaguedad distraida de su mirada se pueda adivinar el alma ensimismada en grandes dolores ó en profundos

análisis; miran sin ver, porque su fuerza de penetracion no alcanza al punto culminante de los destinos humanos.

Donde se manifiestan con más claridad las condiciones de estos séres, es en el consorcio de sus ideas por medio de palabras; en este terreno, basta fijarse con detenimiento para conocerlos entre cientos de racionales, y eso que tambien existén intermediários que, como aquellos borruchos del cuento que engañaron al diablo con la viveza de sus movimientos, engañan á la mayoría de los hombres con su culta manera de expresarse y el modo desenvuelto de conducirse; estos intermediarios son peligrosos, si no se les llega á conocer en seguida, porque suelen extraviar el criterio moral del racional en un laberinto de sandeces que no en pocas ocasiones acarrea el conocimiento de los vicios y hasta del crímen; estos intermediarios son, por lo general, nacidos en

altas esferas, rigen la formacion de las costumbres de ciertas clases sociales, por sus riquezas, por sus títulos ó por su posicion, y casi siempre por su audacia: su moralidad está resumida en estas frases: «Chico, la condesa X estaba anoche divina; se lo dije delante del ente de su marido y mirándola de un modo que... vamos, el hombre me comprendió, y pretestando asuntos en la embajada, se marchó *dejándome el campo libre*, y... *en* fin, nada, te digo que... ¡delicioso, delicioso!»

En cuanto á sus ideales políticos, tambien son fáciles de concretar. «Ayer comí con el ministro, y me dijo que era menester que me presentase por el distrito de C.; el hombre ha olido mi importancia entre sus enemigos políticos, y yo me dejo querer; ¡qué demonio! si con la diputacion logro una subsecretaría y el dote de la sobrina del ministro, volveré la casaca, por-

que á mí, despues de todo, lo mismo se me da de los unos que de los otros.»

En cuanto á sus conocimientos científicos ó literarios, tambien se manifiestan en breves palabras: casi siempre se presentan con todo el aire de la más alta suficiencia; su voto, en todo, lo creen indispensable, por más que se pueda pasar perfectamente sin oirle, y le dan siempre, aunque nadie se le pida; si se trata de ciencia, se explica su pensamiento en corto espacio. «Hoy han estado en casa del duque insoportables; figúrate que empeñaron una discusion sobre las teorías de Darwin; el baron X se empeñó en probarnos que en cortándole la trompa á un elefante nacen sus hijos sin trompa; yo me dormí al arrullo de la discusion; ¡como si fuera posible que mis hijos naciesen mancos, cortándome á mí los brazos! como den en esta clase de asuntos, no vuelvo á poner los piés en aquella casa.» Como se

ve, el intermediario es profundo conocedor de los experimentos científicos.

Si de literatura se trata, llama á los dramas de Calderon y de Lope *rancios dramones del género romántico;* le llama al Sr. Echegaray *Pepe*, y acude á los estrenos llevando de repuesto una infinidad de frases hechas en contra del autor, de la obra y de los actores, frases que suelta en cuanto encuentra ocasion; y si el éxito de la obra no le permite desembuchar el inocente acibar de sus vísceras biliares, cambia los adjetivos denigrantes, en períodos de grandilocuencia laudatoria, y es el primero que se arrastra, con la miel de la adulacion en los lábios, á los piés de aquellos que iba dispuesto á zaherir.

El intermediario no tiene pátria conocida; es cosmopolita, no como lo es el filósofo, el naturalista ó el médico, sino como lo es el mono; generalmente, denigra con sistemática parcialidad todo cuanto se re-

laciona con el suelo donde nació, y empieza, para conseguirlo, por el lenguaje; el intermediario no busca para la expresion de los conceptos frases castizas, puras, concretas, y sobre todo, originales del idioma de su pátria, sino que, haciendo una mescolanza monstruosa de vocablos extranjeros y nacionales, borda su lenguaje con los más estrafalarios colores, y muchos, no contentos con amanerar la diccion, intercalan, sin modificarlas, frases de distintos idiomas, lo cual, segun ellos, es la supremacía de la distincion, del gusto y del talento, quedándose muy satisfechos cuando á una cortesana la llaman *dame du demi monde*, y á lo más escogido de un círculo aristocrático le dan el nombre de *high life*.

Uno de los rasgos distintivos del intermediario, es su afan en distinguirse de cualquier manera que sea de la mayoría de los mortales, encontrando en el amaneramiento y ampulosidad del lenguaje uno

de los principales medios para conseguirlo, puesto que unos pocos por prudencia, muchos por ignorancia, y la mayor parte por pertenecer tambien á la especie de los intermediarios, suscriben con su silencio, con su admiracion ó con su anuencia, á esa especie de carcoma cosmopolita que invade el habla castiza y peculiar de cada nacion.

El intermediario es eminentemente pulcro; entendámonos, gasta caudales de agua, arrobas de jabon y litros de perfumes en la conservacion y embellecimiento de sus miembros; suele, sin embargo, y á pesar de este minucioso cuidado de su persona, no ser todo lo limpio que requiere la condicion de racional, puesto que, bien por el uso de grasas, polvos, mantequillas y cosméticos (artículos que extiende sobre su piel despues de las abluciones), ó bien por el embrutecimiento sensual en que pasa la vida, despide ciertos

tufos y olores que no bastan á disipar ni el extracto de magnolia, ni la esencia de heliótropo.

Pasemos ahora al género femenino, para que una vez conocida la especie en sus dos sexos y en su período más completo de desarrollo, se indiquen algunas particularidades inherentes al intermediario en distintos estados.

V.

El intermediario-hembra.

Ya quedan expuestas las condiciones más esenciales de su constitucion externa. La intermediaria es eminentemente coqueta en todas las pequeñas puerilidades de la vida; sus uñas, sobre todo, son los agentes externos que más llaman la atencion de sus facultades intelectuales; para ella exclusivamente han sido inventados esos

estuches de minuciosos instrumentos, cuyo uso, para un racional inexperto en conocer el medio en que se desarrolla el sér de que tratamos, pasaria por una caja de instrumentos anatómicos: tal abundancia de piezas presentan los indicados estuches y tal diversidad de formas existen en las piezas.

Despues de las uñas, su atencion se fija en la formacion de los ojos; una pincelada de más, una sombra demasiado pronunciada, una línea exageradamente recta, causan un verdadero cataclismo en el cerebro de la intermediaria cuando se *confecciona* sus gracias físicas delante de su neceser de pinturas, porque así como el intermediario para lavarse necesita estar en agua un par de horas al dia, la hembra de la especie necesita pintarse todo lo que se ve, y á veces hasta lo que no debia verse.

Despues de estas condiciones ineludi-

bles á la vaciedad de su inteligencia, vienen los rasgos sobresalientes de su especialísimo carácter: generalmente, la intermediaria suele ser más perjudicial que su compañero, pues exacerbadas en ella las cualidades malignas del sexo, así como en la estupidez del intermediario sólo coje la vanidad, en la de la hembra se desenvuelve la vanidad envidiosa en grados ascendentes, que suelen llegar hasta la envidia vengativa, ó sea la criminalidad. La intermediaria envidia muchas veces sin saber el qué, pero siempre aquello que no posee, hasta el extremo de zaherir con el sarcasmo más refinado á cuantos se ven en posesion de lo que ella no tiene; de esta irritabilidad de pasion envidiosa provienen sus maneras petulantes, su falsedad en el trato social, elogiando finamente aquello de lo cual se burla con sangriento coraje, así que encuentra ocasion para ello; de la misma causa parte su afan de que todo lo

que no sea ella es *cursi*, *vulgar*, *estrafalario*, *ridículo*, *provocativo*, etc.; esta es una señal inequívoca para conocer á la intermediaria; aquella que usa en su conversacion los adjetivos expresados, es esencialmente intermediaria del racional; su organizacion se encuentra en la zona media que existe entre el gorilla y el hombre.

Además de estos caractéres, la intermediaria presenta una inferioridad de entendimiento, un estado embrionario de comprension intelectual que conmueve al observador, llevándole no pocas veces desde el desprecio á la conmiseracion, desde el odio á la tristeza; hablad de cosas profundas durante ocho minutos con una intermediaria, y la noche de aquel cerebro, medio organizado para recibir las sensaciones, causará un asombro inmenso; esta clase de mujeres no comprenden jamás ciertas verdades, y para ellas el sentido moral es una palabra completamente vacía

de significacion, sin que alcancen nunca ninguno de los altos fines de la humanidad: decidle á una intermediaria que la naturaleza, que Dios, que la racionalidad, rechazan con repugnancia las microscópicas puerilidades de la moda, y la vereis soltar una carcajada chillona y calificar de *ordinarias á las gentes que piensan así*, llamándolas *sublime cursilería, entes más estrafalarios entre los más estrafalarios burgueses:* decidla que más fácilmente se encuentra á Dios en el sencillo canto de la alondra que en la suntuosa novena, que celebra acompañada de su traje de falla y de su sombrero *Rubens*, y se la verá palidecer de ira, y con fino sarcasmo preguntar si algun amor romántico perturba las facultades del que así piensa, hasta el punto de preferir un *prado de fresca yerba* al empedrado de la Puerta del Sol (y entiéndase que puesto que en España y por española están hechos estos apuntes,

trato de nuestro intermediario, sin que por esto niegue la existencia de la especie entre las demás razas y naciones de la tierra).

Así como la nota grave de la intermediaria es la envidia más sistemática y la vanidad más depurada, la nota aguda es un egoismo que raya muchas veces en monstruoso; para la intermediaria no hay más que ella; fuera de ella, cuantos la rodean, sean padres, hermanos, esposo ó hijos, son séres exclusivamente destinados á enaltecerla ó á servirla; en esto avanza mucho, perdiendo terreno de la línea instintiva en que se desarrolla el animal: la intermediaria ve en los autores de sus dias un elemento indispensable para la exposicion de sus gracias ó de sus riquezas; en su esposo encuentra un ente necesario para adquirir la posicion social y el respeto y las consideraciones humanas, y en sus hijos halla unos objetos imprescindi-

bles para desplegar sus cualidades de elegancia ó suntuosidad, haciéndolos maniquís de sus caprichos y de sus vanidades; y cuando llega á ser abuela, mira en sus nietos el último cerco donde puede hacerse admirar bajo los dictados de *matrona*, *austera dama*, etc., etc.

Como se ve, estas mujeres giran en una esfera cuyo centro son ellas mismas, pero sin que nunca conciban que puede existir otro mundo que aquel por ellas inventado, y en esto se advierte la pureza de su especie intermediaria. No es que sean malvadas; la maldad, y mucho más en su grado máximo, demuestra generalmente un conocimiento de causa y de efectos que nunca acusan un cerebro rudimentario, ni una organizacion imperfecta; el malvado es el sér pervertido, no es el sér anulado; y así como la perversion siempre se caracteriza por una poderosa penetracion intelectual, así la condicion de intermediario

lleva por causa, bien que realice actos punibles, el más absoluto embrutecimiento de las cualidades de la inteligencia. Por esto los intermediarios no son perjudiciales á la sociedad, sino cuando pasan desapercibidos sus caractéres especiales; entonces pueden muy bien confundirse con el perverso, en cuanto que realizan actos semejantes á los reprobados por el racional; pero conociéndolos, distinguiéndolos entre las masas y apreciándolos en su justo valor, los intermediarios son, á lo más, pobres séres desprovistos de los más excelsos atributos de la inteligencia humana, séres guiados sólo por el predominio del instinto, incapaces de perturbar con sus actos los principios fundamentales de lo bello y de lo bueno; pues entre la mediatinta, en el claro-oscuro donde se desenvuelve su inteligencia, si bien son incapaces de presentar grandes bellezas ni de realizar grandes bienes, son nulos para

perseverar en reprobados vicios ni en funestas maldades: ellos son siempre, y en todo, intermediarios.

VI.

Los intermediarios en diferentes estados.

Los tenemos patricios; estos son los que más daño suelen causar porque ocupan un sitio que acaso quitan á verdaderos racionales: en esta clase los hay con diferentes condiciones, unos son los rectos y otros los cínicos: los primeros son una verdadera plaga cuando desenvuelven en toda su plenitud las cualidades que poseen; estos patricios *rectos* suelen ser jóvenes; ellos nunca ceden ante ninguna sugestion, su moralidad es inflexible, su rectitud asombrosa, verdaderos parásitos de la sociedad y de la familia, viven á su costa haciendo de su ficticia virtud una inmensa

escalera; suben, suben por ella y algunos llegan á los primeros puestos del Estado, donde, desde luego, se les acaba su rectitud, y lo más gracioso del caso es que, mientras escalan las posiciones, existe entre sus actos y sus palabras una extraña anomalía, una mescolanza informe y ridícula; ellos son incapaces de hacer antesala á ningun personaje para pedirle una merced para los suyos, porque la rectitud de sus principios se lo impide, pero salen diputados *cuneros* siempre que para ello se les presenta la ocasion; ellos no pueden gestionar la terminacion de algun negocio importante, porque podria suponérseles interesados en el asunto, y se lo impide su escrupulosa rectitud; pero encuentran muy natural pasar á la categoría de amantes de alguna alta dama, que por su influencia, su riqueza ó su posicion, les facilite la ascension hácia el punto culminante de sus aspiraciones: esto es en cuanto al *recto*.

El *cínico* es más fácil de conocer y ménos peligroso que el anterior; este es de los que dicen despues de una votacion perdida, ó poco ménos, para el Gobierno: *hoy sí que los hemos dado una paliza*, y su voto figura entre los de la mayoría oficial; de esta madera suelen tambien salir grandes personajes, y no es difícil verlos asaltar los primeros puestos de una nacion, con el fin, segun ellos, de *redondearse*, ó con la esperanza de *hacerse una buena cama para caer en blando*.

Estos intermediarios, padres de la pátria, pasan á la posteridad sin que la nebulosa atmósfera donde está envuelta su verdadera personalidad se disipe ante los sucesores del hombre; de todos los de su especie, este es el más dañoso y el que ménos se conoce, porque la posicion que ocupa le defiende de las escudriñadoras miradas del observador racional; á pesar de los trastornos que su presencia causa, asi

en la organizacion política como en la administrativa, no es todo lo dañino que pudiera ser, atendida la esfera en que se desenvuelve, y suele ser barrido, en ciertos períodos, por el viento de las revoluciones, que, como es sabido, arranca de raíz las malas yerbas, dejando sólo en pié los fuertes árboles.

El intermediario sacerdote radica en las aldeas no muy retiradas de los grandes centros, que en aquellas sólo pueden subsistir los hombres de sano criterio, recto juicio y sólida virtud, pues en medio de la solitaria grandeza de la naturaleza no hay mareo posible para la pequeñez del intermediario; en las aldeas próximas á las más fáciles vías de comunicacion, donde pueden participar del sibaritismo de la vida y de las alegrías de la naturaleza, allí es donde generalmente se encuentra el sér que nos ocupa; suele mostrarse alguna vez en una Metropolitana, pero nunca

traspasa ciertas categorías sacerdotales, porque el clero es la clase social que mejor espurga sus instituciones de medianías y nulidades, no dando entrada en ciertas esferas sino á los que poseen en alto grado la cualidad distintiva del hombre, la inteligencia, bien que se emplee en sublimes ó artificiosos fines. Por esto, allá en el pueblo, es donde suele verse el intermediario sacerdotal, con su manteo grasiento, alguna vez salpicado del espirituoso mosto, subido en alto mulo, con una magullada colilla entre los rugosos lábios, llevando en ancas de su cabalgadura á la dueña de la casa donde mora, y caminando en amor y compañía de sus feligreses á celebrar una romería en alguna ermita de los alrededores; ó bien se le halla con destemplada voz y tras de una perorata sobre si los partidos negros debian ser blancos ó vice-versa, explicando en tono de anatema profético la dulce doctrina del

Crucificado, que no en balde murió sobre tosco madero, como demostrando que sólo entre las ortigas se pueden apreciar las rosas, y que únicamente en la agrietada corteza de un leño informe podria brillar en todo su esplendor la magnitud de su sacrificio.

El intermediario, hombre y mujer, en estado matrimonial, ofrece curiosísimos ejemplares; desde el *cominero* hasta la *erudita*, hay una variedad asombrosa; el uno preguntando en qué se gastaron los dos cuartos que sobraban de la cuenta, y la otra citando el incendio de Roma por Neron, cuando su marido la interpela por haberse churruscado la ternera, son pruebas evidentes de esta numerosísima familia. Los hijos de estos matrimonios, conservan siempre en toda su pureza las cualidades de sus progenitores; estos niños toman rabietas sistemáticas durante la lactancia; cuando mayorcitos, se entretie-

nen con verdadero placer en desplumar vivo á un pollo ó en clavar con un alfiler cuantas moscas pillan; si son hembras, desde pequeñitas se pasan las horas muertas delante de un espejo con lo que sus embebidos padres llaman *coquetería infantil*, y no es otra cosa que el principio de sus condiciones intermedias.

Cuando llegan á la pubertad, algunos se tiran por el viaducto ó por otro sitio elevado, desesperados por las amarguras de la existencia porque no les quiso alguna vendedora de *El Imparcial* ó porque el traje que la fulana lució en las últimas fiestas habia oscurecido al que ella estrenó; otros de estos séres acuden á las Universidades y Academias para despues de duplicar los años de carrera, ingresar en el foro, en la política, en la milicia, ó en algun cortijo, donde ponen de manifiesto sus relevantes cualidades, bien dictando sentencia favorable á indulto para uno que mató á siete

de su familia, por suponerle en estado de enagenacion mental, por más que toda su vida haya dado el asesino pruebas de ser pillo y no loco; votando nuevas imposiciones á los contribuyentes, porque aquellos que le dieron el distrito son los que las proponen; haciéndose llamar capitan, comandante, coronel, y así sucesivamente por todos sus subordinados, áun cuando se trate de asuntos tan familiares como pedir un vaso de agua ó empezar una partida de tresillo, y por último, recorrer los graneros del cortijo, haciendo que el administrador de las tierras limpie de gorgojo el trigo, y obligando á la cortijera á que aprenda á cantar manchegas.

Cuando en el matrimonio uno de los cónyuges no es intermediario, lo cual raramente sucede, porque los indivíduos de la especie se buscan en sus dos sexos, y solamente por extravio de pasion ó cálculo positivista se realiza la desigual union,

entonces los hijos suelen aparecer algunos grados más perfectos en la escala, pero siempre conservando rastros de la precaria condicion de uno de sus progenitores. Estos matrimonios son verdaderos Calvarios para el que representa la parte racional, si la pasion ó un movimiento desesperante le llevó á consumarlo, y siempre terminan por el adulterio, con todas sus consecuencias de hijos no reconocidos, etc., etc., pues se ofusca de tal modo el entendimiento de la parte racional de la union, que en vez de compadecer á su compañera, dispensándole la proteccion y el cariño que toda animalidad requiere, se empeña en colocarla á igual nivel de sí mismo, con lo cual se trasforma el yugo en una montaña, las contrariedades en verdaderos conflictos, y el final en una catástrofe. ¡Cuántos y cuántos males se evitaria la sociedad si reconociese y aceptase la existencia real y positiva del

intermediario del hombre y del animal!

Vienen despues de tantos diferentes ejemplares, y de otros que por brevedad no se manifiestan, los intermediarios poetas, pintores y escultores, es decir, los artistas: á primera vista parece un anacronismo que tan sublime sacerdocio pueda ejercerse por unos séres tan imperfectos; pero cuídese bien de observar que aunque así se llaman (que de algun modo han de llamarse los que muestran conatos de racionalidad en la divina ciencia), no por esto ejercen en la verdadera extension de la palabra la mision á que se dedican: el número de intermediarios artistas es infinito.

El intermediario poeta tiene por base de su personalidad un ilimitado amor propio: *primero Homero, el Dante ó Virgilio, despues yo;* busca á estos génios, porque son los más lejanos; sin embargo, algunos avanzan más: *despues de Dios, yo;*

esta idea de sí mismos se trasluce, aunque alguna vez intentan ocultarla, en los más pequeños actos de su vida; el aire protector con que hablan á los demás mortales, les acusa, á primera vista, como ejemplares de la especie. A sus obras las llaman *inspiradas*, por más que muchos se pasen una noche contando con los dedos las sílabas del verso que hicieron á fuerza de trazos y acomodamientos de verbos y adjetivos, de artículos y pronombres; ellos siempre viven en las regiones de lo ideal, ó sea en el paraiso de los tontos.

Estos, y cuantos de su especie siguen las carreras artísticas, no llevan en su frente la luz inmortal del arte; son como la luna, reflejan á una distancia inmensa los rayos del sol, sin que por eso sientan el calor de su lumbre ni devuelvan la intensidad de sus fulgores: sus obras, fatigoso trabajo de recopilacion, donde se amontonan ideas ajenas, pensamientos ajenos y ajeno estilo,

son como el *ovonibus* de los jardines, sirve de marco para que resalten las flores delicadas del cuadro; son el fondo negro de una tapicería, donde se admiran brillantes combinaciones. Como se ve, estos son los intermediarios más inofensivos, y si se quiere, llegan á ser necesarios.

En el teatro, en el taller, en la fábrica y en el asilo, en la cátedra y en el convento, en las Academias y en los presidios, lo mismo en las chozas que en los palacios, en las aldeas que en las ciudades, entre las clases más altas y las más bajas, entre los felices y entre los desgraciados, en todas partes y bajo todas las formas, se ven los ejemplares de esta inmensa familia; viven entre el hombre y con el hombre, y abarcan todos los destinos al hombre reservados, llenando con su presencia ese inmenso vacío que existe entre el animal y el racional.

VII.

Necesidad del intermediario. Modo de armonizar su existencia con la del hombre. Fin del cuadro.

Bosquejada á grandes rasgos esa numerosa prole que vegeta sobre nuestro mundo, y trazados sus más principales caractéres, pocas palabras quedan que añadir para llevar á su término el presente trabajo.

Existe el intermediario: la naturaleza, todas las ciencias que se derivan de esa madre universal, prueban la existencia de los intermediarios; las páginas de los pasados siglos nos le muestran siempre, y en toda clase de formas, y al avanzar la vida paulatinamente hácia el todo perfecto, le arrancó de su lecho de cuarzo y de granito para colocarlo en medio de las actuales generaciones; inútil es negar la existencia de esos séres que ofrecen el paso para llegar á los más superiores: in-

útil es el suponer que la naturaleza ha formado sus variados tipos como en los moldes de alfarero, é inútil es presentar el coronamiento de la vida en la especie humana sin hàcerla ascender por una série de escalones, en los cuales se detenga breve tiempo antes de posesionarse de su excelso trono. Existiendo el intermediario, ¿se podrá negar la necesidad de su existencia?... imposible: nada hay que huelgue en los grandes crisoles donde se trasforman las fuerzas creadoras de la naturaleza; el intermediario es una necesidad para la purificacion de la vida, como lo es el malvado y como lo es el loco; al avanzar la humanidad del porvenir, podrá borrar esa necesidad, hoy latente, cuando su perfeccionamiento alcance el grado máximo; pero entonces, forzoso es decirlo, estaremos en Dios; sólo en lo inconcebible coje lo perfecto absoluto, sin relacion ninguna, antes y despues y siempre, sin es-

pacio, tiempo, ni lugar: ¡jamás se llegará á conseguir esta perfeccion en nuestro reducido planeta...! El intermediario del hombre es, pues, una necesidad imprescindible de la humana naturaleza.

¿Cómo apareceria el génio sin el concurso del vulgo? ¿cómo el sábio sin la multiplicacion del necio? ¿cómo el cuerdo sin el estudio del loco? ¿cómo el virtuoso sin el conocimiento del malvado? ¿cómo se encontraria al hombre sin la existencia del intermediario? mejor dicho: ¿en dónde se podria hallar el tipo de la racionalidad humana, en su mayor grado de intensidad posible sobre nuestro globo, si no se viese al intermediario presentar en toscos caractéres los conatos hácia la inteligencia racional?... Al comunicarse con algunos de esos séres nacidos entre el orangutan y el hombre: ¡qué poco concepto de sí mismos se formarian los demás mortales, si no hallasen una diferencia esencial entre ellos

y las cualidades de aquellos indivíduos de la zona media!...

Es menester repetirlo: los intermediarios son necesarios; ¿quiere decir esto que sean envidiables ó dignos de otro respeto que el que se concede á los séres de los reinos inferiores? de ninguna manera. Admitida su necesidad, la cuestion es armonizar su existencia con la vida social del hombre; para esto basta conocerlos, basta descubrirlos entre las muchedumbres, y no equivocarse nunca sobre su verdadero carácter y sus ineludibles fines; una vez descubiertos, una vez encontrados, la armonía entre las dos especies es facilísima; nada de conatos de redencion; el intermediario no puede ascender nunca, tiene que morir en el medio en que nace, de él no puede salir sino por largas y naturales selecciones; querer que alcance á las razas superiores, querer que pase á más alta esfera por medio de la predicacion, de la

educacion ó de la ilustracion, es lo mismo que intentar que un galgo se vuelva podenco por medio del estudio del latin, ó que una cotorra diserte sobre Sócrates enseñándola su filosofía. Al intermediario hay que tomarle conforme es y tratarle como lo que representa; á las sugestiones de su palabra, vacía de sentido, inútil siempre y á veces pérfida, hay que oponer una fina sonrisa y una exquisita educacion, cuidando de hablarle sin decirle nada, de escucharle sin procurar entenderle, y de mirarle con el convencimiento profundo del sitio inferior donde se desenvuelve; y si con sus ardides de lagartija venenosa intenta alguna vez morder la planta del hombre, hay que pisarlo sin volver jamás la cabeza á sus alaridos de ira.

Hay además que poner exquisito cuidado en que los oropeles entre los cuales á veces se presenta, bien por el nacimiento ó por la fortuna, no trastornen con sus

cambiantes el juicio analítico del que le observa, encontrando un paliativo á sus condiciones, en la admiracion que causa el puesto que ocupa; en esto es donde se debe poner exquisito cuidado. El intermediario, siempre y en cualquier sitio en que le hayan colocado sus títulos de cuna, sus riquezas ó sus audacias, es un sér infinitamente imperfecto é inferior al verdadero hombre, al verdadero racional, que ostenta la alteza en sus ideas y la grandeza en sus actos, al sér dotado de inteligencia superior, cuya alma gira en todas las esferas de la perfectibilidad humana, al sér que toca por un extremo en los más delicados sentimientos y por el otro en las más altas concepciones: siempre y en todos los rangos en que esté colocado, será el intermediario escalon en el cual apoya su planta la personalidad realmente humana, representada por el sér racional. Todo cuanto se diga sobre este asunto es

poco para precaver el daño que ocasiona ese inútil respeto hácia séres en realidad inferiores á los que les rinden culto; nada de concesiones; donde exista el intermediario, sea en la esfera que sea, márquese la línea divisoria que lo separa de la especie humana; y bien ocupe altísimo puesto ó atesore fabulosas riquezas, recíbasele con la sonrisa del desprecio y la lástima, y cuídese de que el contacto de su alma embrutecida no manche ni con la sombra la pureza del alma racional.

¿Pueden perturbar las aspiraciones de la vida esos séres nacidos entre la animalidad y el hombre? Jamás. El círculo de su existencia no alcanza más allá de ellos mismos: contaminarán á los que, poco firmes en el convencimiento de la escala ascendente que sigue la vida en sus evoluciones, se dejen seducir por los falsos ideales de la igualdad humana bajo la proteccion divina; todas estas criaturas,

creyendo ver en aquellos rudimentarios séres hombres hermanos suyos, los acojerán disculpando, bien por causa de mala educacion ó de viciosos progenitores, la incapacidad de su organismo. A estos inocentes idealistas, rayanos muchos de ellos á la zona media, donde se encuentran los intermediarios, les puede perjudicar el contacto de tales séres, llevándolos hácia una atrofía del entendimiento, ó estado de imbecilidad, en el cual se asimilan todas las imperfecciones del intermediario: pero á los hombres de sano criterio, á los que avanzan con la antorcha de las ciencias por el áspero camino del progreso, buscando las fuentes de la vida; á los escogidos de Dios que capitanean con firme paso las huestes de la civilizacion; á los que sienten en los recónditos senos de su cerebro bullir la idea innovadora que ha de arrancar de la region de las sombras algunos átomos de luz; á los que

proclaman la grandeza del Creador, fijando su mirada en las nebulosas del espacio y en el colibrí de las selvas; á los que ostentan sobre su frente el sello de la inmortalidad, y graban la huella de su planta en los arenales de la tierra, á esos jamás les llegará la perniciosa influencia de los intermediarios.

FIN.

ÍNDICE.

Páginas.

Al público..... 5

Melchor, Gaspar y Baltasar *(Cuento)*..... 7

Algo sobre la mujer *(Apuntes)*..... 61

El primer dia de libertad *(Memorias de un canario)*..... 91

Los intermediarios *(Boceto)*..... 109

OBRAS DE LA AUTORA.

RIENZI EL TRIBUNO, drama en dos actos y epílogo.

ECOS DEL ALMA. *Poesías.* (Agotadas dos ediciones.)

AMOR Á LA PÁTRIA, drama trágico en un acto.

MORIRSE Á TIEMPO. *Poema.* (Agotadas tres ediciones.)

TRIBUNALES DE VENGANZA, drama en tres actos.